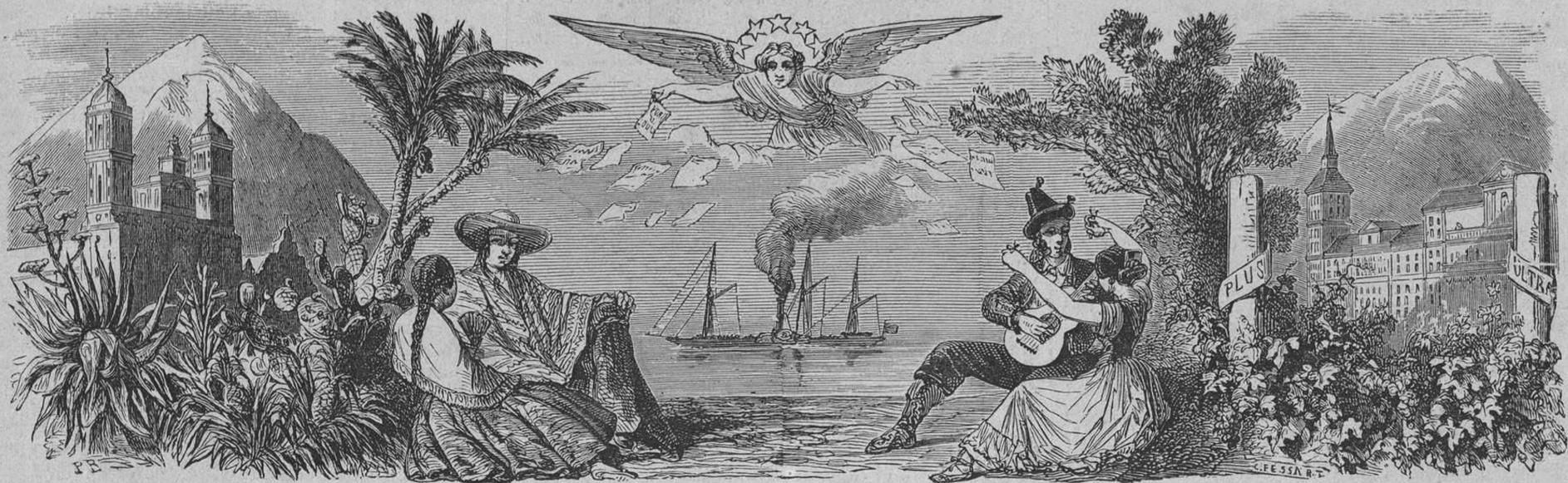


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 751.

SUMARIO.

S. M. Jorge I, rey de los griegos; grabado. — Ciencias médicas. — Poesía: El prisionero. — Bellas-Artes; grabados. — Un sueño. — La exposicion del ministerio de la Guerra en el parque del Campo de Marte; grabado. — Revista de Paris. — El desafio. — El parque de los cerros Chaumont; grabados. — Revista de la moda. — Viaje al polo boreal. — Exposicion universal de 1867; grabados. — Oliverio. — Los dos penados. — San Juan en el desierto, cuadro de Rafael, colocado recientemente en el Louvre; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

S. M. Jorge I,

REY DE LOS GRIEGOS.

Jorge I, rey de los helenos, de la casa de Sleswig-Holstein-Sonderburgo-Glucksburgo, nació el 24 de diciembre de 1843. Es el tercer hijo del rey Cristian de Dinamarca. La antigua casa real de Dinamarca estará muy luego representada en tres tronos importantes de Europa. La hermana mayor del joven monarca, la princesa Alejandra, casó en 1863 con el príncipe de Gales, y su hermana menor, la princesa Dagmar, se ha casado, á fines del año último, con el gran duque hereditario Alejandro de Rusia. Finalmente, el príncipe Jorge era almirante en la armada dinamarquesa cuando aceptó, el 6 de junio de 1863, la corona de Grecia con el título de Jorge I, rey de los helenos.

Antes de marchar á Grecia, el joven príncipe firmó, el 12 de setiembre de 1863, un acto en cuya virtud su hermano menor y la posteridad de este último le precederán á él y á su posteridad viril en la sucesion al trono dinamarqués.

Proclamado rey de los helenos por la Asamblea nacional griega, el príncipe Jorge llevó á Grecia, con su aceptacion, un nuevo elemento de vitalidad política. Con efecto, su aceptacion fué ratificada por un protocolo que firmaron en

Londres las tres potencias protectoras, bajo la condicion de la anexion pura y simple de las islas Jónicas á la Grecia. Esta anexion era hacia años uno de los votos mas ardientes de las poblaciones helénicas.

El pueblo griego profesa á su joven rey un afecto en-

trañable, y puede decirse que el soberano constitucional de Atenas ha sabido, en la delicada tarea á que ha consagrado su vida, grangearse las simpatias de todo el mundo. Sinceramente amante de la constitucion del pais, se aplica desde hace cuatro años á tener representa-

ta en su gobierno la opinion de la mayoría de los altos poderes del Estado.

Representar á la Grecia en toda la verdad de sus voluntades constitucionales, con toda la resolucion de sus aspiraciones nacionales, tal ha sido el objeto constante del gobierno del rey Jorge, y la crisis que en la actualidad atraviesa la Grecia, ha demostrado que el joven soberano sabia conservar una actitud digna y firme en las ocasiones graves.

La insurreccion de Creta ha puesto en presencia á los dos gobiernos de Atenas y de Constantinopla. El rey Jorge ha permitido que libre y públicamente se manifesten en todas las ciudades de la Grecia, los votos y testimonios de simpatía pública por la causa de la insurreccion. ¿No es la emancipacion de todas las poblaciones helénicas el grito universal en Grecia?

Bajo este concepto, se han formado comités, se han enviado auxilios de toda clase, y municiones, mediante los célebres viajes del *Arcadion* y del *Panhellenion*. Pero en medio de este movimiento nacional, el gobierno del rey Jorge, mientras manifestaba altamente sus votos por la causa de la independencia helénica, y mientras hacia valer por via diplomática las quejas de los insurrectos, supo, respecto de la Puerta, hacer libre la accion de su gobierno, y cuando el ministro de Turquía en Atenas quiso hacer al gabinete griego responsable de los sucesos de Candía, los ministros del rey rechazaron enérgicamente esta responsabilidad achacándola al régimen opresivo de la Turquía, y presentaron los actos condenados por el diplomático turco, como manifestaciones resultantes de una iniciativa absolutamente privada.

La insurreccion continúa en pié, y el rey Jorge se ha decidido á hacer un viaje por Europa. Ya ha visitado Paris, Londres, Copenhague y Ber-



Su Majestad el rey de los griegos.

lin. En el día se encuentra en San Petersburgo, y no necesitamos penetrar los secretos de la alta política de las cortes para afirmar que la causa de la independencia helénica es el objeto del viaje del joven soberano.

H. V.

Ciencias médicas.

DE LA COMBUSTION HUMANA ESPONTÁNEA (1).

A pesar de los inmensos progresos que han hecho las ciencias de mas de medio siglo á esta parte, faltan sin embargo todavía muchas cuestiones que aclarar, un gran número de hipótesis que corroborar, experimentos que corregir, y soluciones que modificar. ¡Cuántas conquistas tendrá todavía que realizar el hombre estudioso en todos los ramos de estas ciencias! ¡qué inmenso campo de gloria queda abierto al filósofo que, dotado de bastante sagacidad, sabrá penetrar en sus profundidades, y descubrir todos los arcanos que nos son todavía desconocidos! La química y la geología, estas dos ciencias nacidas ayer, ¡qué pasos agigantados no han dado desde principios del siglo décimonono, pero también cuántos descubrimientos no prometen aun! Las ciencias médicas y la fisiología, cultivadas desde la infancia de la sociedad, parecen tal vez estar mas adelantadas. En efecto, no hay ciencia que haya sido tratada por mas autores y bajo mas diferentes puntos de vista. Cualquiera diría, al ver esa larga nomenclatura de obras, que el estudio del cuerpo humano ha sido llevado hasta sus últimos límites; pero consultad á un práctico instruido, y os dirá que todo es aun duda, error, inducciones falsas, y que las teorías que parecen mas bien deducidas quedan á menudo sin aplicacion en el ejercicio del arte.

Entre los fenómenos de la fisiología animal, mas maravillosos y notables, la *combustion humana espontánea* es uno de los que excitó mayor sorpresa, cuando se reconoció que no era efecto de una causa superior al orden de la naturaleza, y que no dependía de la ira ó de la venganza de la Divinidad. Desde esta época se han propuesto un gran número de explicaciones, todas ellas relativas al estado de conocimientos del tiempo, y por lo mismo han sido todas ellas derribadas por los progresos ulteriores de la ciencia. Creemos por lo tanto que no carecerá de interés el presentar aquí, en compendio, una descripción de este fenómeno, y la historia de las diferentes teorías por cuyo medio se ha tratado de explicarla. La combustión humana se va haciendo por cada día mas y mas rara, y tal vez no está lejos el tiempo en que, gracias á las comodidades y á la moralidad que se generalizan en las masas y hacen desaparecer sus mas groseros vicios, será desterrado entre los hechos históricos este modo espantoso de terminar la vida del hombre.

Designase bajo el nombre de *combustion humana espontánea* la combustión ó incineración del cuerpo humano acaecida en circunstancias tales, que es imposible atribuirle á las causas ordinarias de toda combustión, y que para explicarla hay que recurrir á la suposición de un estado particular del organismo. Cuando se considera cuán difícil es quemar la mayor parte de las sustancias animales, cuando uno recuerda la cantidad de madera seca y resinosa que empleaban los antiguos para las hogueras destinadas á reducir los cadáveres á cenizas, y compara todas esas precauciones indispensables con las circunstancias en las cuales sucede mas comunmente la combustión espontánea, no puede uno menos de reconocer en ella un fenómeno especial. La superstición y la ignorancia lo atribuyeron por mucho tiempo á la venganza divina; pero para la ciencia no es mas que un efecto natural, y uno de los anillos de esa cadena casi sin fin que comprende todos los hechos accesibles á nuestros sentidos, aunque la explicación que se nos da de ellos no satisfaga enteramente.

Una de las circunstancias mas peregrinas, y al mismo tiempo mas embarazosas en la historia de esta combustión, es la que le ha hecho dar el nombre de *espontánea*. No siempre se ha encontrado en los objetos que rodeaban á la víctima, no diremos la causa, pero ni el origen de la combustión, la chispa indispensable para determinar el incendio del cuerpo, aun el mas inflamable. A veces es cierto que se han encontrado, cerca de la víctima, una luz, un brasero, carbonos encendidos, etc., pero ha sido imposible demostrar que esos cuerpos hubiesen causado la combustión, y mucho menos se ha podido explicar cómo hubieran podido comunicarla. Por otra parte, en ciertos casos, se ha reconocido, por las mas esmeradas pesquisas, que no existía cerca de la víctima ninguna señal de cuerpo candente. El hecho siguiente nos ofrece de esto un ejemplo.

Una mujer de unos sesenta años de edad, del condado de Down, se fué á la cama una noche con su hija sin haber sentido nada extraordinario, solo que, segun su

(1) La infatigable actividad de las sociedades de templanza, establecidas en Inglaterra y en los Estados Unidos, las ha conducido á indagar esmeradamente todos los desórdenes y afecciones mórbidas producidas en la organizacion por el abuso inmoderado de los licores fuertes. La *combustion humana espontánea*, que parece asaltar mas especialmente á las personas destempladas, debia excitar vivamente su solicitud; y en efecto, de uno de los periódicos de esas sociedades sacamos nosotros el presente artículo.

costumbre, estaban las dos en un estado de embriaguez completa. Un poco antes de amenecer, muchas personas de la familia fueron despertadas por un humo de un hedor intolerable que penetró en su aposento. Levantáronse para buscar la causa, y habiendo entrado en el cuarto donde dormía la vieja con su hija, reconocieron que el humo salía del cuerpo de la primera, que parecia consumido por un fuego interno. Su cuerpo era negro como el carbon, y salía de todas sus partes un vapor denso. Observóse luego que la vida estaba enteramente apagada, y no fué fácil detener la combustión por mas que no hubiese llama. Al poner el cuerpo en el ataúd, se desprendía la carne á pedazos. La jóven no habia experimentado nada, y ni siquiera se habia despertado; las sábanas y las otras partes de la cama no presentaban mas huellas del fuego que unos regueros negros producidos por el humo. Varias personas, cuyo testimonio ofrece todas las garantías de veracidad, han afirmado que nada habian encontrado en el aposento, que pudiese ser causa de esta combustión. Solo se habia observado que esta vieja, que habia habitualmente muchos licores fuertes, habia bebido mas de lo acostumbrado en aquellos últimos dias.

Es preciso observar que esta combustión no goza de la propiedad de comunicarse á los cuerpos vecinos, propiedad que pertenece á toda combustión activa ó acelerada, sea cual fuere su origen. Conocidos son los incendios que causan todos los años los rayos, y los estragos que hace la combustión espontánea de las masas de carbon de piedra ó de sustancias vegetales, cuando no están aisladas; y sin embargo, en la combustión humana espontánea, el calor necesario para reducir á cenizas una masa como la del cuerpo del hombre en algunas horas, respeta, en la mayor parte de los casos, los objetos muy combustibles con que está en contacto. Así sucedió en el ejemplo de la vieja.

Cualquiera que sea el modo con que se explique esta circunstancia, no deja de establecer una diferencia suma entre la combustión humana espontánea y cualquiera otra especie de combustión. Sin embargo, ha habido casos en que las diferentes sustancias combustibles que están inmediatamente en contacto con el cuerpo reducido á cenizas, han participado de la combustión. El hecho siguiente, referido por M. Wood en el *Almacen metodista*, es uno de los mas pasmosos en este género.

M. O'Neil, director de la casa de caridad de Limerick, fué despertado súbitamente á las dos de la mañana por una persona toda asustada que le llevó consigo inmediatamente á su aposento, que estaba debajo del que ocupaba mistress Peacock, de unos setenta años de edad, y que hacia desde mucho tiempo un uso inmoderado de los licores alcohólicos. Apenas abrió la puerta, vió por el suelo y tendido en medio de la pieza, un cuerpo muerto encendido, rojo como el cobre, y que parecia haber caído desde el techo, que ardia también. En efecto, examinando el cielo raso, vió una abertura, bastante ancha para dejar pasar un cadáver, rodeada de llamas y que establecia libre comunicacion entre ese aposento y el de abajo. Sube al momento al cuarto de mistress Peacock, y ve en medio la abertura encendida por la cual habia caído el cadáver. Despues de haber apagado precipitadamente el piso, procuró descubrir la causa que habia podido ocasionar esta combustión, y no pudo reconocer ninguna. No habia en el aposento ni luz, ni candil, y en la chimenea solo quedaban algunos carbonos encendidos cubiertos de ceniza. Examinóse el aposento con cuidado, y se observó que no habia prendido el fuego en ningun otro punto. Una cesta de mimbrés y una cajita de madera que habia cerca de la abertura se habian librado enteramente de la acción del fuego. Citemos otro ejemplo aun del mismo género, no menos curioso.

Ana Nelis, mujer de un mercader de vino y de cerveza, tenia la fama en su barrio de ser muy aficionada á beber. Un día que su marido no volvió á casa hasta la una de la noche, disputaron con violencia los dos consortes completamente achispados. Sin embargo, M. Nelis acabó por irse á la cama, y subió al aposento; instó á su mujer para que subiese con él, mas esta se negó tenazmente. Viendo entonces que no queria levantarse de su asiento, tomó el candil, y le dijo que si queria subir que subiese á tientas. Al día siguiente, habiendo abierto la criada los postigos del salon, vió un objeto extraño en la silla que ocupaba ordinariamente Madama Nelis. Creyó al principio que seria alguna travesura de la niña Nelis, que en aquel momento entraba en el aposento: mas examinando aquel objeto mas de cerca, reconoció con horror los restos de su ama, que se encontraba en el siguiente estado. Estaba sentada en su asiento á alguna distancia de la chimenea, cuya lumbré estaba apagada, con la cabeza descansando en la mano derecha que estaba apoyada contra la pared. El tronco se hallaba reducido á cenizas, como asimismo los vestidos que la cubrian, mas el bacinete, las extremidades superiores é inferiores y el vestido que cubria esas partes habian escapado enteramente á la acción del fuego. El respaldo y el asiento del sillón no habian sufrido nada, mas los brazos estaban ennegrecidos por la parte de dentro, principalmente en los puntos que estaban en contacto con el cuerpo. La combustión no se habia propagado á ninguno de los objetos cercanos, excepto los brazos del sillón. La pieza exhalaba un hedor muy fétido y penetrante, que se percibia aun despues de muchos dias. Rayaba esta mujer á los cuarenta y cinco años, y era de estatura pequeña y de una gordura notable. Lo mas extraño, dice el autor que refiere este hecho, es que la autoridad no tomó ninguna averiguación acerca de esto, y fué tal la diligencia que se

dieron los parientes en ocultar todo lo que concernia á esta desgraciada muerte, que el doctor Fuomis, profesor de medicina, no pudo obtener el permiso de examinar el cuerpo de la difunta. « Sin embargo, añade, puede contarse con la veracidad de todas las circunstancias que hemos dado á conocer. »

En la mayor parte de los casos de combustión humana bien probados, se ha encontrado muertos á los individuos que han sido sus víctimas, no pudiendo por lo mismo obtener ninguna noticia sobre los fenómenos que han precedido á la catástrofe. La mayor parte del cuerpo se hallaba por lo comun reducido á cenizas, y á veces no quedaba mas que la cabeza ó las extremidades. Sin embargo, un corto número de sugetos han sobrevivido bastante tiempo al primer ataque para que se hayan podido recoger algunos indicios sobre las circunstancias que han precedido ó seguido á este fenómeno. El hecho siguiente fué publicado por Bianchini, y merece ser referido aquí, aunque haya sido citado por la mayor parte de los médicos legistas; porque sobre él se apoyan los que atribuyen la combustión espontánea á la electricidad.

Dom María Bartholi, monge del monte Valero, vino á la feria de Filetto, donde le llamaban algunos negocios: despues de haber hecho muchas diligencias durante el día, vino á Funil, á casa de un pariente, para pasar allí la noche. Al llegar se retiró inmediatamente á su aposento de dormir, donde mandó que le pasasen un pañuelo entre las espaldas y la camisa. Algunos minutos despues que le habian dejado solo, se oyó en su aposento un singular ruido mezclado de gritos, y habiendo corrido las gentes de la casa, encontraron al monge tendido en el suelo y rodeado de una llama ligera oscilante, que parecia alejarse á medida que se acercaban á ella, y que por fin desapareció. Al día siguiente, habiendo sido llamado Bataglia, cirujano de Ponte-Basio, encontró los tegumentos del brazo derecho casi enteramente despegados de las carnes. En el espacio que va de las espaldas á los muslos, los tegumentos estaban tan maltratados como los del brazo derecho, que al día siguiente estaba ya gangrenado. Al tercer día, la gangrena habia hecho inmensos progresos en las demás partes del cuerpo; el enfermo se quejaba de una sed ardiente, y se hallaba agitado de horribles convulsiones. Sucedióse estas rápidamente hasta su muerte, que acaeció al cuarto día. En la última visita, el doctor Bataglia observó que la putrefacción habia adelantado tanto, que el cuerpo del enfermo exhalaba un hedor insoportable, y que las uñas se desprendían por sí mismas de los dedos de la mano izquierda.

Por los informes recogidos al enfermo acerca de lo que habia pasado, se supo que habia sentido como un golpe de maza sobre el brazo derecho, y que al mismo tiempo habia visto pegarse una chispa de fuego á su camisa, que habia quedado reducida á cenizas en un momento, sin que el fuego hubiese maltratado sus puños. El pañuelo que se habia hecho poner al entrar, entre la camisa y la piel, no sufrió nada, y los calzoncillos quedaron igualmente intactos. La noche era tranquila, fresca, y el aire de una pureza extremada: no se sentia ningun olor empireumático en el aposento, ni se veia humo; solamente la lámpara antes llena de aceite, estaba seca, y la torcida en un estado de incineración completa.

Hé aquí otro hecho mas reciente y que confirma el que refiere Bianchini: Un paisano del condado de Fife (Escocia) se calentaba delante del hogar de su cocina, cuando su cuerpo se inflamó de repente, y á medida que querian apagarlo, salian de él chispas azules semejantes á las que produce una pajuela de azufre. El desdichado declaró sin embargo antes de espirar que estaba bastante apartado del fuego cuando experimentó de repente un calor ardiente en el estómago, y que un minuto despues vió con horror que sus piernas y brazos estaban rodeados y devorados por las llamas. Este hombre era muy aficionado á los licores fuertes, y no habia semana que no bebiese por diversion, segun sus propias expresiones, media botella de aguardiente de un sorbo.

La observación siguiente es una de las mas curiosas que se han recogido acerca de esto: Catalina Heis, de diez y siete años de edad, de una constitución delicada, pero que gozaba de cabal salud, se hallaba atormentada algun tiempo hacia de vértigos y dolores de cabeza que la obligaron á dejar sus amos. Estaba cosiendo en la velada del 21 de febrero de 1823, cuando queriendo quitar una bugia que habia sobre una ventana, sintió de repente un calor fuerte y extraordinario en el cuerpo, y una quemadura penetrante en el indice de la mano izquierda. Al mismo instante vió rodeado ese dedo de una llama azulada, de cerca de una pulgada y media de largo y que derramaba un olor sulfúreo. Sumergió el dedo en el agua y lo envolvió en lienzo humedecido; pero en vano, la llama no se apagó. La inmersión en el agua parecia al contrario activar la combustión y extenderla. La enferma se trasladó precipitadamente á su casa, envolviendo su mano, durante la travesía, con su delantal, que se quemó en parte, como tambien sus vestidos: la llama solo era visible en la oscuridad. Lavó muchísimas veces su mano con leche, y en fin esas abluciones repetidas una parte de la noche hicieron desaparecer la llama, pero no la sensación de la profunda quemadura que experimentaba.

Una sangria y algunos refrescantes calmaron el dolor; pero no por eso continuó menos la quemadura punzante. Desarrolláronse en la palma de la mano, durante tres ó cuatro dias, unas vejiguillas semejantes á las que causan las quemaduras. Esta mano presentaba siempre

un calor notable, y la palma y los dedos no podían soportar el mas leve contacto sin dolor. El termómetro colocado en esta mano se elevaba á 25°, mientras que solo subía á 17° en la mano derecha. Hicieronse muchos experimentos con materias combustibles, pero sin ningun resultado, y el electrómetro mas sensible, puesto en contacto con la enferma, colocado sobre un aislador, no produjo ningun efecto. Las chispas eléctricas sacadas de la extremidad de los dedos de la mano izquierda causaban á la enferma dolores muy agudos.

Todos los otros hechos auténticos de combustion humana espontánea tienen la mayor analogía con los que acabamos de presentar, y solo difieren en circunstancias casi indiferentes. Antes de pasar al exámen de las teorías que se han propuesto para explicar este curioso fenómeno, vamos á recordar aquí en pocas palabras las circunstancias en que se ha desarrollado con mas frecuencia.

Pocas veces se ha observado la combustion espontánea en personas de constitucion robusta y de menos de setenta años de edad: y por consiguiente, es una calamidad que parece casi exclusivamente la herencia de la debilidad y de la vejez, especialmente de las mujeres, á las cuales parece afectar con preferencia. La mayor parte de esas mujeres eran notables por su inactividad habitual, por su mucha gordura, ó al contrario, por una flaqueza excesiva; pero todas hacian un uso inmoderado de los licores fuertes.

Este fenómeno presenta asimismo algunas circunstancias particulares que debemos recordar, pues nos servirán mucho para apreciar el valor de las diferentes teorías que se han adelantado para explicarlo.

La primera es la rapidez con que se propaga la combustion, en seguida se eleva la llama, que es de un color azulado y es muy difícil de apagar con el agua. Además se comunica raras veces á los cuerpos vecinos, ni aun á los mas inflamables. En fin, el olor empireumático que se siente en la pieza ó lugar donde acaece la desgracia, y una materia fluida, grasienta y fétida que deposita en la superficie de los cuerpos cercanos, demuestran muy bien que es una verdadera combustion que se efectúa con el desprendimiento de gas y de vapores, y no un mero relajamiento de las moléculas que constituyen el cuerpo humano.

Entre las teorías que se han establecido para explicar este fenómeno, una de las mas antiguas es la que lo atribuye al alcohol de que han hecho casi siempre un uso inmoderado sus víctimas, y del cual supone que estaban impregnadas cuando se acercaron á un cuerpo encendido. Dicen, en apoyo de esta hipótesis, que los cuerpos de las personas que mueren de embriaguez despiden por todas partes un fuerte olor de alcohol; que el color de la llama de esta sustancia es exactamente igual al que se observa en la combustion humana espontánea; en fin, que todos los que han sido víctimas de ella hicieron uso inmoderado de los licores alcohólicos. Sin entrar en minuciosos pormenores en la exposicion de los motivos que no nos permiten adoptar esta explicacion, bastará decir que las carnes de las personas que han muerto en la embriaguez ó por efecto de la borrachera no son mas inflamables que las de los que mueren de cualquier otra enfermedad; y que las preparaciones anatómicas que se han conservado durante muchos años en el alcohol, y que deben estar completamente impregnadas de este líquido, no se consumen mas fácilmente cuando se acerca á ellas un cuerpo encendido, que las que nunca han estado sumergidas en él. Por otra parte, entre los sugetos que han sido víctimas de este accidente, ha habido algunos que no estaban entregados al vicio degradante al cual se ha querido atribuir harto exclusivamente esta combustion.

Un médico ha propuesto una teoría mas reciente, la que ha sido acogida con demasiado favor para que la pasemos en silencio. Este sabio práctico atribuye la causa de esta muerte misteriosa á los gases inflamables que se desarrollan á veces en toda la economía animal. Sabido es que ciertos gases producidos en el estómago ó en los intestinos son muy combustibles. Sucede muchas veces que el anatomista, ocupado en el exámen de un cadáver cuyas entrañas están muy dilatadas por los gases, haciendo en ellas una pequeña abertura y acercando una luz, obtiene un chorro luminoso de una altura considerable á veces y de color azul. En algunos casos, mucho mas raros, ese gas puede derramarse por todos los tegidos del cuerpo, hasta por los mas consistentes, y escapándose, produce entonces una diseccion mas perfecta que el escalpelo mas bien dirigido. Pero nadie ignora que el hidrógeno carbonado ó sulfúrico de que por lo regular está compuesto ese gas, no arde, sino cuando está en contacto con el oxígeno del aire; de modo que se necesitaría una cantidad prodigiosa para reducir á cenizas el cuerpo de un hombre. Además, la combustion solo podría efectuarse desde fuera á dentro lo que acontece raras veces en la combustion humana espontánea. Faltaría explicar aun, en esta teoría, ¿cómo es que quedan intactos los objetos combustibles que están cerca del cuerpo de la víctima? ¿cómo es que no se ha encontrado nunca en las partes del cuerpo que habían escapado á la combustion, señales del hidrógeno ó del desarrollo gaseoso que ha debido formarse en ellas? Y en fin, ¿cómo ha podido inflamarse este gas, cuando no se ha encontrado ninguna sustancia en combustion que haya podido producir este efecto?

Es verdad que se ha querido eludir la dificultad, diciendo que, en el caso en que no se ha encontrado una sustancia capaz de comunicar la combustion, esta debia de haber acaecido accidentalmente por una chispa

eléctrica, producida en un momento en que el cuerpo del hombre servia de conductor entre la tierra y algun otro cuerpo dotado de electricidad diferente. Citábase aquí, en apoyo de esa teoría, la idio-electricidad de un gran número de animales, y la que se encuentra algunas veces en alto grado en muchos individuos de la especie humana. Citábase sobre todo el experimento del viajero Bridou, que habia llegado á cargar una botella de Leida con las chispas eléctricas que salian de los cabellos de una mujer, cada vez que se peinaba. La historia de Bartholi y la del paisano escocés parecen dar cierto apoyo á esta teoría: pero si se admite que deba darse fe á las palabras de un moribundo acerca de unas sensaciones tan fugaces, y que hubiese habido realmente produccion de chispas eléctricas capaces de inflamar un cuerpo muy combustible, faltaria aun indicar cuál ha sido la sustancia á la que habia comunicado la chispa la combustion, porque este cuerpo no puede ser ni el alcohol, ni el gas inflamable que se desarrollan en el hombre mientras vive. Así, aun cuando supusiésemos la formacion de una chispa eléctrica, no estaríamos con eso mas adelantados para la explicacion que buscamos. Entre las sustancias elementales que entran en la composicion del cuerpo humano, una de las mas abundantes y combustibles es el fósforo, del cual existe una cantidad considerable en los huesos y en muchos fluidos, y se le encuentra tambien en abundancia en la masa cerebral y en las partes adiposas. Cuando la putrefaccion disuelve, despues de la muerte, los diversos elementos de que se compone el cuerpo humano, para producir otras combinaciones, no tarda en desprenderse el fósforo, y formar, con su union, con el hidrógeno, productos gaseosos muy notables: el hidrógeno perfosforado sobre todo, goza de la propiedad singular de inflamarse por sí mismo cuando está en contacto con el aire atmosférico, produciendo una luz muy viva, y un calor muy elevado. A la formacion de este gas se atribuyen los fuegos fatuos que se elevan á veces durante la noche en los cementerios, encima de las tumbas recientes.

Como la propiedad que tiene ese gas de inflamarse al simple contacto del aire podia ofrecer una explicacion muy natural de la combustion espontánea, se han aprovechado algunos de ella; mas esta teoría, por mas sencilla y natural que parezca, descansa sobre dos hipótesis enteramente gratuitas: la primera, que el gas hidrógeno perfosforado puede formarse espontáneamente en el cuerpo del hombre mientras vive; la segunda es que se forma en tanta abundancia, que puede reducir á cenizas todo el cuerpo por el calor elevado que determina ardiendo con el aire. Ahora bien, esas dos hipótesis no se apoyan en ningun hecho cierto, y no ofrecen siquiera una probabilidad á su favor; porque aun cuando entre el hidrógeno en mucha cantidad en la composicion elemental de todas las partes del cuerpo humano, y abunde mucho en él el fósforo, sin embargo, sería arduo demostrar que entre este en cantidad suficiente para producir todo el hidrógeno perfosforado necesario á la combustion de todo el cuerpo.

Quedando ya pues fuera de duda que el cuerpo humano puede, en algunas circunstancias, llegar á ser de tal modo inflamable, que bastan algunas horas para reducirle enteramente á cenizas, sin el auxilio de ningun combustible extraño, y quedando probado que este fenómeno no puede atribuirse únicamente á ninguna de las teorías químicas por cuyo medio se ha querido explicarlo, tenemos que remontarnos á un orden de ideas mas elevado, y reconocer que es indispensable ante todo admitir una modificacion importante en la economía del individuo amenazado, es decir, una predisposicion mórbida.

Esta enfermedad, que puede llamarse horrorosa, pues termina casi siempre con la muerte, ó mejor, con un horrible suplicio, ha quedado hasta ahora sin nombre en los cuadros nosológicos de la ciencia. Ella sin embargo debe, como la mayor parte de las demás, tener sus sintomas precursores, únicos que pueden suministrar alguna luz acerca de los medios de combatirla, y señalar la época en que pueda hacerse con alguna esperanza. Las enfermedades nunca se desarrollan súbitamente: hay siempre algunos sintomas, apenas perceptibles á veces, pero que bastan para dar á conocer el mal que se acerca. El mismo cólera, esa plaga destructora que ha devastado sucesivamente todos los puntos del globo, y que en vez de devorar á sus víctimas por medio del fuego, las destruye haciendo desaparecer el calor vital, se anuncia constantemente por medio de fenómenos precursores, que no permiten al práctico experimentado dudar de su próximo desarrollo. ¿Por qué no podrá suceder lo mismo con la combustion humana espontánea, cuando se habrán recogido y observado, con toda la atencion que merece semejante objeto, un gran número de hechos?

Mas estas indagaciones quedarán sin resultado, mientras solamente se dirijan á la época en que el cuerpo ha caído ya casi enteramente bajo el influjo de las leyes físicas que rigen la materia. El hombre no es, como se ha dicho, un aparato galvánico, ni un crisol en el que se suceden ciertas combinaciones moleculares. Su organizacion, como la de los animales, depende de leyes particulares, independientes y opuestas muchas veces á las que rigen lo restante del mundo material. El conjunto de esas leyes particulares es lo que constituye la vida; y el médico sacará de su profundo estudio muchos mas resultados eficaces para la práctica de su arte, que del de las ciencias físicas y químicas, á las que se limitan hoy dia casi todos los estudios médicos.

M. DE F.

Poesía.

EL PRISIONERO.

(Del francés.)

Peregrino del Éter, flor que al prado
Roba amoroso el céfiro sutil,
Mariposa fugaz ¿qué vuelo insano,
Qué aura funesta te condujo aquí?

¿Quién te mostró de mi prision la reja
Que hallar no sabe el astro liberal,
Adonde llega tímido y se aleja
Sin atreverse el aura á penetrar?

¿Qué vienes á buscar? ¿de mis dolores
La noticia cruel llegó hasta tí
Y abandonaste céfiro y flores
Por consolar piadosa á un infeliz?

¡Ay! á tu vista en plácida delicia
Siente calma su duelo el corazón,
La esperanza, fugaz una caricia
En tus ligeras alas me envió.

Ven de los prados, lirio fugitivo,
Alada flor que por el Éter vas,
Trae un recuerdo al infeliz cautivo
De sus campos, su sol, su libertad.

Háblame del torrente que impetuoso
En libre curso hácia los mares va,
De los gemidos que en el bosque umbroso
Alza impotente el hórrido huracán.

De si á tu paso en selva silenciosa
El ruiseñor su voz dejaba oír:
Si acaso viste á la cerrada rosa
El perfumado pétalo entreabrir.

Dime cual llora el alba refulgente
Al de la noche moribundo adios,
Cómo á secar su llanto dulcemente
Viene mas tarde generoso el sol.

Mas ¡ay! de mi prision el astro oscuro
Te miro en raudo giro recorrer.
¿Buscas flores insanas? No en el muro
De lóbrega prision las quieras ver.

Aquí ni sol, ni ráfagas serenas,
Ni perfumado lecho encontrarás;
Si quieres descansar, sobre cadenas
Tus levisimas alas plegarás.

Hija del aire, libre mariposa,
Abandona mi tétrica prision,
Corta es tu vida, vuela presurosa,
Bienes, dichas, natura te marcó.

Lejos de aquí; tu vagoroso vuelo
Ningun muro opresor limitará,
Ni otra prision que el anchuroso cielo
Sobre tí tus espacios tenderá.

Lejos de aquí con caprichoso instinto
Tu perfumado asilo elegirás,
Y cada nuevo sol, nuevo recinto
A la luz de sus rayos buscarás.

¡Oh! si al cruzar por la pradera un dia
Dos ángeles vagar en ella ves,
Y una mujer que llora ¡suerte impía!
Los perdidos encantos del placer;

Dile á la pobre madre que aun suspira
Su fiel esposo que cautivo está,
Y que por ella y por su amor respira,
Aunque jamás á verla tornará.

En cautelosos giros seductora,
De mis hijos te agita en derredor,
Muéstrales tu beldad, é incitadora
Leda te posa en remecida flor.

Presto, muy presto con vehemente anhelo
Perseguida serás, rauda y sutil
Bien en dolosa espera ó manso vuelo
De flor en flor condúcelos aquí.

De un desdichado y triste prisionero
Ellos tan solo la esperanza son,
Tal vez podrán del duro carcelero
Ablandar con su ruego el corazón.

Tal vez si en llanto de infantiles ojos
Siente sus rudas manos empapar,
A los fuertes, durísimos cerrojos,
Con piadosa emocion las tenderá.

Mas ¡ay cielo! — mi última esperanza
Al rumor de mis hierros se marchó; —
Ya perderse la miro en lontananza...
¡Mariposa fugaz, adios, adios!

CARLOTA ROBREÑO.

Bellas-Artes.

EXPOSICION DE 1867 EN EL PALACIO DE LOS CAMPOS ELÍSEOS.

Los cuadros de esta exposicion, que por medio del grabado reproducimos en este número, son los siguientes:

La leccion de canto, por M. Schlösser. — M. Schlösser pertenece á esa escuela de Dusseldorf, tan fecunda en grandes artistas, y que cuenta en Paris algunos imitadores. Dos cuadros tiene en la exposicion del Palacio de la Industria M. Schlösser: el primero, que se titula el *Tribunal*, está perfectamente compuesto; se ven en él un pastor y un maestro de escuela que, sobre el parte de un terrible guarda-bosque, juzga á dos ó tres estudiantes acusados sin duda de haber robado manzanas saltando alguna cerca. El segundo, reproducido aquí, lleva el titulo de *Leccion de canto*, y en él se expresa con suma gracia la grave satisfaccion del muchachuelo que tiene tambien su alumno, ni mas ni menos que el respetable magister de aldea.

La Sinagoga de Amsterdam, por M. Brandon, es uno de los cuadros que han sido mas admirados en la exposicion de este año. El artista ha ejecutado esta pintura con mano segura y hábil; la exactitud y la verdad son sus cualidades características. T. G.

Un sueño.

I.

Amanecia una bellísima y poética mañana de mayo; yo me hallaba sentada á la puerta de una pintoresca gruta situada al pié de una elevada montaña.

Las diáfanas gotas del rocío, posadas sobre las corolas de las flores, parecían diademas de brillantes, descendidas del cielo para adornar las maravillas de la naturaleza.

Las aves batian gozosas sus alas, y abandonando sus lechos de mullidas plumas, se remontaban al espacio lanzando al viento sus dulces y melifluos gorjeos. Un precioso ruiseñor, orgulloso rey de la música, ensayaba desde las ramas de un rosal sus melodiosos y variantes trinos de amor, para saludar la venida del naciente día que principiaba ya á asomar por entre los rosados cortinajes del Oriente.

Todo estaba en calma.

Las fuentes murmuraban sus amores.

Las auras susurraban entre las hojas de las flores, di-

ciéndoles al oido palabras que las hacian estremecer de contento.

Todo suspiraba alegría en la naturaleza.

Pero aquella alegría, que hubiera acrecentado el gozo de un alma feliz, contrastaba con la tristeza que embriagaba mi corazón, angustiado por los horribles lazos del pesar.

En medio del general contento, una tórtola solitaria,

— ¿Quién eres? exclamé conmovida.

— Soy el Amor, contestó.

Miré al Amor entusiasmada.

— Yo, continuó la vision, sentimiento puro como la mirada de Dios, destruyo los imposibles, uno las almas y estrecho los corazones. Para mí están abiertas las cabañas del pobre, como los palacios del magnate, reyes y esclavos; princesas y plebeyas se rinden ante mis plan-



EXPOSICION DE BELLAS-ARTES. — *La Leccion de canto*, cuadro por M. Schlösser.

II.

De pronto se iluminó con esplendente claridad el fondo de la gruta en cuya puerta me hallaba.

Levanté los ojos é hirió mi vista una figura misteriosa, fantástica, indescriptible, blanca como la nieve, vaporosa como un espíritu, pura como la sonrisa de un ángel.

— ¿Quién eres? la pregunté.

— Soy la *Amistad*, me dijo con una voz pura y armoniosa. Mi aliento purifica las almas, y mi mirada alienta los corazones; doy consuelo al que padece, felicidad al desgraciado. Pero en vano buscarás hoy en mí un bálsamo á tus penas, que há mucho tiempo que me arrojé el mundo de su seno: he muerto para el mundo.

Diciendo esto, desapareció entre las nubes.

Quedé triste, pensativa.

Ignoro lo que pasaba por mi alma.

Trascurrieron algunos instantes.

Aun conservaba en mi imaginacion el recuerdo de la hermosísima figura.

Sentía mi corazón oprimido.

Mi alma ansiaba la posesion de un algo que yo misma no sabia darme cuenta.

III.

De pronto alcé los ojos é hirió mi vista la presencia de otra figura.

Aun mas hermosa que la primera, y envuelta en una nube de rosa y oro, que avanzó hasta colocarse junto á mí.

Yo la miré, y arrastrada por un poder secreto, sentí que mi fuerza de voluntad se rendia ante los atractivos de aquel ser sublime, sobrenatural, divino.



La Sinagoga de Amsterdam, cuadro por M. Brandon.

tas. Pero en vano buscarás hoy en mí la felicidad que anhelas.

En otras edades el guerrero entraba en batalla luchando con fe, por su Dios y su dama: el *Amor* era su guía.

El *trovador*, al pié del gótico castillo, pulsaba su laud ante el encantador recuerdo de su amada; yo impulsaba aquellas mentes, yo enloquecía aquellos corazones y los hacía felices.

Aquellas edades pasaron ya, extinguióse la fe, cual la luz del sol al soplo de la noche, el mundo me arrojó de su seno.

El amor de tu alma, la luz de tu espíritu, la embriaguez de tu corazón, solo existe en la region de tus ideas; hoy el rey del mundo no se llama *Amor*, como en otros días, se llama *Materialismo*!

Y diciendo esto, la figura desapareció.

IV.

El sol iluminaba el horizonte.

Era un día primaveral muy delicioso.

A pesar de esto, ni los rayos del sol, ni los acentos de las aves, ni los embriagantes perfumes de las flores, podían prestar á mi alma la dicha que deseaba.

¡Qué me importaban las bellezas de la naturaleza, sin las del corazón!

Buscaba *Amistad*, y la *Amistad* era una mentira.

Anhelaba *Amor*, y el *Amor* era una farsa.

De pronto alcé de nuevo los ojos, é hirió mi vista la presencia de otra nueva y fantástica vision.

Aun era mas hermosa que las anteriores, deslumbraba.

— ¿Quién eres? la pregunté sobre cogida.

— Soy la *Felicidad*, me contestó.

— ¿Buscas *Amor*, *Amistad*?... Ven, sígueme, y el amor y la amistad serán contigo.

Llena de alegría, me dispuse á seguir á aquel ser deslumbrante, divino.

El sol brilló con una luz esplendorosa, el aura susurró dulcemente.

Las lánguidas flores desprendieron la dulce esencia de sus perfumes.

Al cabo de una hora, llegamos á la cúspide de una montaña elevadísima.

Allí nos detuvimos.

El mundo oscilaba á mis piés, cual un vasto hormiguero.

El aire zumbaba en las alturas con una impetuosidad indescriptible.

— Ven, me dijo la figura misteriosa, tomándome de la mano.

Yo obedecí.

— ¿Es cierto que buscas la *Amistad* en la tierra?

— Sí.

— ¿El *Amor*?

— Es cierto.

— En vano te esfuerzas tras esos dos objetos; son dos fantasmas.

— ¡Es posible! exclamé. ¿Pues no me has prometido tú ese amor, esa amistad que busco? ¿A qué me has mandado seguirte?

— Para desengañarte.

Y la figura exhaló un grito, y desapareció entre las nubes.

En aquel instante sola, desengañada, triste, elevé mis pensamientos hácia la mansion del Dios de la verdad.

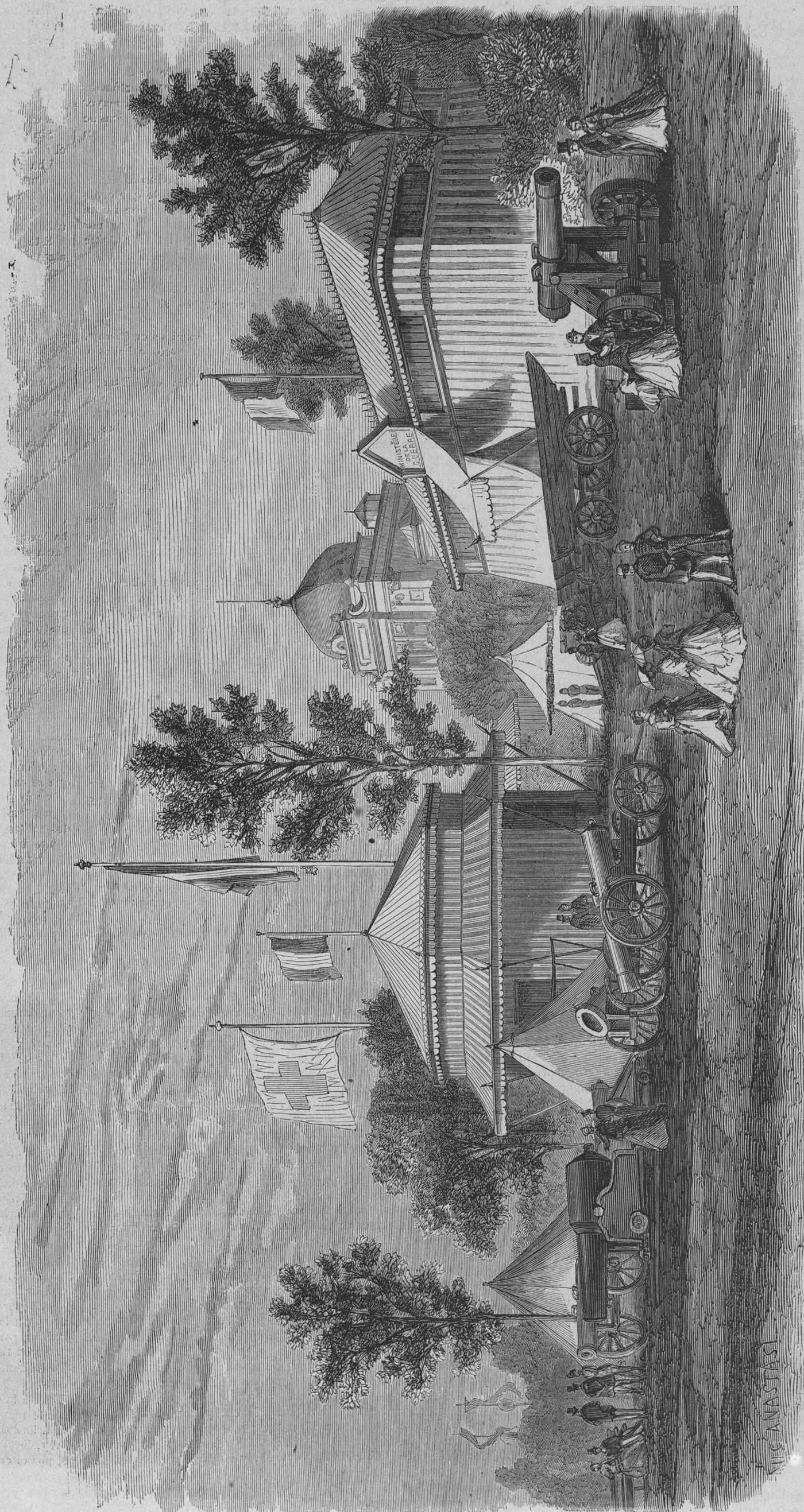
Y vi cruzar por el espacio un ángel de blancas alas, que con la mano tendida al cielo.

— ¡Pobres locos que buscáis la felicidad en la tierra, exclamó, en vano os esforzais; allí, allí, en el cielo, está la felicidad única y verdadera.

El ángel desapareció de mi vista. En aquel instante desperté.

Había sido un sueño.

X***.



EXPOSICION UNIVERSAL. — La exposicion del ministerio de la Guerra, en el parque del Campo de Marte.

STIC ANASTASI

Revista de París.

Las fiestas oficiales se suceden en París con una rapidez que tiene constantemente sobre las armas á los cronistas del mundo aristocrático. Después del gran banquete dado por el ministro de Negocios Extranjeros M. de Moustier, en honor del duque de Leuchtenberg, hubo en la embajada de Inglaterra uno de los bailes mas suntuosos que es posible imaginarse. El emperador y la emperatriz, la reina de Portugal, el príncipe de Gales, el duque de Edimburgo y el príncipe Oscar honraron con su presencia esta brillante reunión, en la que se encontraban todos los embajadores residentes en París, así como la mayor parte del mundo diplomático.

Luego ha habido el gran baile de Tullerías, dispuesto en honor de los príncipes extranjeros que se hallan actualmente en París, fiesta excepcional, en la que se ha desplegado un lujo inusitado. Hasta los jardines del palacio se hallaban iluminados con aparatos eléctricos multicolores. Mil quinientas personas circulaban por la galería de la Paz, la sala de los Mariscales, el salón del Trono, los salones privados y la galería de Diana. Habíanse dispuesto catorce asientos dorados en el salón de los Mariscales, sobre el estrado destinado á SS. MM. y á SS. AA. RR., asientos que fueron ocupados, según dice el diario oficial, bajo la firma de M. A. Marx, en el orden siguiente:

El emperador y la emperatriz; el rey y la reina de los belgas; la reina de Portugal; el príncipe de Gales y el duque de Edimburgo; el príncipe Oscar de Suecia; la gran duquesa María de Rusia; el duque Nicolás de Leuchtenberg; la princesa de Leuchtenberg; el príncipe Mimbutaion, hermano del emperador del Japon; el príncipe Napoleón; la princesa Matilde; la princesa L. Murat, y el príncipe J. Murat.

No hay para qué decir que entre los convidados se contaban todos los representantes del cuerpo diplomático, los ministros, muchos diputados y senadores, y distintos miembros de la Comisión imperial de la Exposición y de los diversos jurados extranjeros. Al baile siguió la cena, servida en treinta y cinco mesas de diez cubiertos cada una, puestas en la magnífica galería de Diana, que ofrecía un espectáculo soberbio. En el salón de las Tapicerías había tres mesas reservadas para los soberanos, príncipes y embajadores.

Tres grandes banquetes se hallan anunciados para esta semana: uno en el Palacio Real, dado por el príncipe Napoleón, otro en la residencia del rey y la reina de los belgas, y el otro en el Hotel de Villa, este último seguido de un gran concierto, para el que se han repartido ya, según se dice, 2,500 esquelas de convite.

A mayor abundamiento, parece ser que el emperador ha dado orden á M. Perrin, empresario del teatro de la Grande Opera, para que se disponga todo lo necesario á fin de dar una función solemne en la noche del 6 de junio, función á la que asistirán los soberanos residentes á la sazón en París, con exclusión del público. Esta representación se compondrá de dos bailes y de los dos últimos actos de la *Africana*. Para esta época se cree estarán en París el emperador de Rusia y el rey de Prusia.

También se da hoy por seguro que vendrá á París la reina de España, y los despachos telegráficos del día anuncian igualmente la llegada del shah de Persia y del sultán de Constantinopla, este último con un séquito de 500 personas.

Entre tanto, la afluencia de visitantes á la Exposición universal crece en proporciones considerables. Hay domingos en que las entradas producen mas de cien mil francos. Cada día se llama la atención allí con un nuevo espectáculo. Esta semana hemos presenciado la inauguración del palacio tunecino, que es una exacta reproducción, aunque en menores dimensiones, de la residencia del bey de Túnez. A las dos de la tarde se abrieron las puertas de esta construcción singular, ante la cual había cuatro jinetes árabes, montados en magníficos caballos, y dos beduinos encaramados en unos altos dromedarios blancos.

El interior del palacio ofrece una bella muestra de una casa morisca: hay un patio interior con pórticos ogivados, que tiene en su centro una fuente y en su derredor una porción de plantas tropicales. Los cuatro músicos de que hemos hablado ya á nuestros lectores tocaban sus sinfonías nacionales, en tanto que á los convidados les servían el café en microscópicas tacitas.

Todas las habitaciones tienen mucho que admirar, y principalmente el cuarto del fondo, donde hay una cama y divanes cubiertos de hermosos almohadones y telas magníficas. El conjunto produce un bello efecto, y es seguro que esta reproducción del palacio del Bardo será uno de los grandes atractivos entre los muchos que encierra el Campo de Marte.

Otra de las curiosidades del parque es la cervecería de M. Dreher en la sección austriaca. Decididamente, la cerveza de M. Dreher, fabricada en Austria, y que llega todos los días al establecimiento, donde se consume en cantidades extraordinarias, esta cerveza, decimos, es la mas apreciada por los consumidores. Al entrar en el despacho, ponen en la mano á los visitantes un interesante librito, donde se cuenta la historia del gran desarrollo que han tomado

las diferentes fábricas de cerveza que posee M. Dreher.

Según esta noticia, la mayor fábrica de cerveza que se conoce en el continente es la de M. Dreher en Klein-Schwachat (cerca de Viena), siendo también la mas antigua, pues existe desde el año 1632, aunque jamás ha trabajado tanto como en el día.

En este establecimiento se han fabricado, del 1º de enero de 1866 al 1º de enero del año actual, 272,059 hectólitros de cerveza, de los cuales Viena ha consumido la mayor parte. Pero no es esta la producción total de las fábricas de M. Dreher, pues hay además dos sucursales que trabajan también bastante, la de Steinbruch, cerca de Pesth, y la de Micholup, cerca de Saaz.

Los tres establecimientos reunidos han producido en la fecha indicada un total de 385,440 hectólitros, lo que constituye la 17ª parte de la producción total del imperio de Austria. Los derechos que han pagado estas fábricas por esa enorme cantidad de cerveza, ascienden á la respetable suma de 3,139,247 francos. M. Dreher es pues un famoso contribuyente.

Una interesantísima experiencia ha tenido lugar el sábado último en las avenidas adyacentes al Campo de Marte.

Tratábase de un viaje al vapor por los caminos ordinarios. Una pequeña locomotora de una fuerza de dos caballos y medio, enganchada á un omnibus de veinte y seis asientos, salió de la Exposición por la puerta de la Escuela Militar, y llegó en cinco minutos al muelle de Billy.

Algunos instantes después el príncipe Napoleón, acompañado de diversos personajes, tomó asiento en el omnibus, y la máquina se puso en marcha, dirigiéndose por la avenida que conduce en derechura á la plaza del rey de Roma.

Con la mayor facilidad subió una pendiente de 7 á 8 centímetros por metro, y mediante una velocidad de 12 kilómetros por hora, llegó al bosque de Boloña, donde adelantándose á todos los coches, y cruzándose continuamente con centenares de carruajes, siguió las orillas de los dos grandes lagos, á la hora en que se nota allí mayor concurrencia de paseantes.

La locomotora giraba sobre sí misma, y arrastraba fácilmente el omnibus, describiendo círculos de un radio de menos de cinco metros, con su velocidad normal.

De vuelta á las puertas del Campo de Marte, el príncipe Napoleón felicitó al inventor y á los administradores de la compañía general de las Mensajerías de vapor, por los excelentes resultados obtenidos en su presencia, los cuales manifiestan una vez mas que está ya á punto de resolverse completa y felizmente el problema de la locomoción por los caminos ordinarios, mediante el vapor.

Parece ser que los jurados de la Exposición universal encuentran tantas cosas dignas de premio, que han debido elevar considerablemente el número de las recompensas que se había fijado en un principio, fuera de los grandes premios, en cien medallas de oro, mil de plata, tres mil de bronce y cinco mil menciones honoríficas.

Ahora bien, según la nueva disposición, las recompensas consistirán en novecientas medallas de oro, tres mil de plata, cuatro mil de bronce y cinco mil menciones honoríficas.

Noticia es esta que será recibida con placer por los cuarenta y cinco mil expositores franceses y extranjeros.

Pero dejemos ya por hoy la Exposición universal, y veamos qué es lo que da de sí la crónica de la semana.

Los diarios de estos últimos días señalan esta manera originalísima de solicitar la caridad pública.

Un día que un comerciante de París se paseaba por el bosque de Vincennes, oyó estas palabras que salían de una espesura:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Pobre mujer!... ¡Socorredla! Penetrando inmediatamente en la maleza, el comerciante vió tendida sobre la yerba á una mujer no mal vestida, que podía tener como unos cuarenta años, y estaba desmayada.

A su lado había un hombre de blusa con toda la traza de un aldeano, que al descubrir al comerciante, le dijo:

— Acababa de ahorcarse, y he tenido la suerte de llegar á tiempo para cortar la cuerda.

Amontonáronse allí algunas personas, y una de ellas que llevaba un pomito lleno de sales, le dió á respirar á la desconocida, que entonces volvió en sí.

Su aire respetable y su traje decente excitaron la simpatía de la concurrencia; y á las preguntas que la dirigieron, contestó refiriendo las tristes circunstancias que habían causado la muerte de su marido, su ruina, y consiguientemente su desesperación, que la había llevado hasta el suicidio.

Echóse un guante, que no dejó de dar buen producto, y el comerciante, al despedirse, dijo á aquella mujer:

— Aquí tiene Vd. las señas de mi casa; venga Vd. á verme, que yo podré hacer algo en su beneficio.

Pasó algún tiempo, el comerciante no había vuelto á ver á semejante persona, y ya se había olvidado del lance, cuando días pasados se acercó á un grupo de personas que, en el bosque de Boloña, rodeaban á una mujer, que según decían, acababa de ahorcarse.

Nuestro hombre vió entonces la repetición al pié de la letra de la comedia de Vincennes; y queriendo penetrar el misterio, no se mostró, sino que siguió á la mujer y á su cómplice, el hombre de la blusa, y los hizo prender en la calle del faubourg du Roule.

Efectivamente, la mujer y el individuo en cuestión habían imaginado, para excitar la conmiseración pública, el singular expediente que acabamos de referir, y parece ser que

ya le habían puesto en práctica mas de veinte veces, siempre con un éxito satisfactorio.

Ya que tratamos de cosas singulares, trazaremos aquí á grandes rasgos la historia de una solterona muy conocida por su avaricia, un tipo verdaderamente raro.

Esta mujer vivía miserablemente y sola; estaba cubierta de harapos, y se privaba de las cosas mas indispensables.

Algunos días antes de su muerte, había vendido las sábanas de su cama para comprar pan.

Sin embargo, pasaba por rica, y entre los vecinos corría el rumor de que tenía un tesoro escondido en su cueva; y así ha sido que se practicaron minuciosas investigaciones después de su muerte.

Ahora bien, después de registrarlo todo, hallaron, en efecto, una cantidad de 60,000 francos en dinero, en un escondite perfectamente disimulado bajo la bóveda de la cueva.

Este era sin duda el famoso tesoro. El hallazgo era ya alguna cosa para la sucesión de una pordiosera; mas sin embargo, no era nada al lado de la sorpresa que estaba reservada á los herederos.

En otra parte de la habitación ocupada por la difunta, había dos cajas llenas de monedas de oro, y tan pesadas, que el juez de paz y el escribano, que habían acudido á poner los sellos sobre los muebles apolillados, no pudieron levantarlas.

Calculábase en mas de 400,000 francos la fortuna que deja la solterona á parientes lejanos, y la mayor parte de ellos en una posición precaria.

Todo este dinero estaba allí amontonado en la cueva, todo á la mano, y á su vista siempre. Nada producía rédito. ¡Avara singular que se privaba de renta por amor al capital!

Muchas son las particularidades notables que se citan acerca de la difunta, y entre ellas hay una muy auténtica, y que no es la menos curiosa, á saber: en su testamento ha legado la cantidad de 20,000 francos á la mujer que le hacia el cuarto, á quien acababa de negar pocos días antes un aumento de un franco sobre su salario mensual.

Pasemos á los teatros.

En el del Odeon se acaba de poner en escena una bonita comedia en dos actos, escrita por MM. Carlos Potron y Augusto Nisot.

Con un enredo sencillo, del que se desprenden situaciones tan verosímiles como interesantes, los autores han hecho aplaudir unánimemente su nueva producción, que se titula *Las Dos Juventudes*.

Hé aquí el argumento:

Los dos héroes de la pieza, Edmundo de Hauterive, de veinte y cinco años de edad, y Max de Richebourg, que raya en los cincuenta, se encuentran á punto de casarse.

¿Quién es el mas joven de los dos? Tal es el problema que se va á resolver en la comedia.

Por una singularidad que se explica perfectamente, existe un contraste notabilísimo entre la edad y el carácter de los dos pretendientes. Max de Richebourg copia pretenciosamente á los jóvenes del día, en tanto que Edmundo, dotado de un carácter serio, parece un hombre de cuarenta años, grave, sesudo y enemigo de la frivolidad y de las apariencias. Tanto es así, que la joven Clara, alucinada por la amabilidad y la gracia fingida del primero, declara categóricamente que le prefiere.

Tal es la situación dominante de la comedia que viene á desenlazarse en el segundo acto con la grotesca aparición de un M. Perrichon, contemporáneo de Max, cuyos sensatos consejos desbaratan el proyectado casamiento.

Clara, convencida del disparate que iba á hacer, se casa con Edmundo, y de este modo, tanto ella como M. de Richebourg, se libran de figurar en la sociedad de una manera ridícula.

La comedia, bien desempeñada por los principales actores que en ella toman parte, ha merecido todos los elogios de la prensa.

Entre tanto, en el teatro de la Gaité se ha estrenado igualmente un gran drama en cinco actos y ocho cuadros, de MM. Eugenio Nus y Alfonso Brot, titulado *el Testamento de Isabel de Inglaterra*.

Los autores nos pintan á esta célebre reina cuando se acerca la hora de su muerte, y se halla rodeada de intrigas que tienen por objeto la sucesión al trono.

Su soberbia, sus proscripciones y sus crímenes, la han dejado sola y sin defensa ante los ambiciosos que la persiguen. Gustosa dejaría su corona á su prima miss Arabella Estuarda, pero hay un poderoso partido en favor de Jacobo de Escocia, el hijo de María Estuarda, una de sus víctimas. Lord Glemnohr, que está por Arabella, si esta consiente en tomarle por esposo, se vuelve al partido contrario cuando le rechaza la joven, y entonces arranca á la reina un testamento, por el cual nombra heredero á Jacobo. Sin embargo, Isabel tiene vida aun para deshacer lo hecho, y entrega otro testamento á un criado fiel, dejando la sucesión á Arabella.

Muerta la reina, un capitán llamado Fawkes lleva este último testamento á Jacobo, exigiéndole en pago que castigue á lord Glemnohr, seductor de una hermana suya; mas el rey, llegado el caso de aplicar este castigo, se hace amigo, por el contrario, del hombre cuya muerte había jurado.

Aquí asistimos á la famosa conspiración de los barriles de pólvora preparada por el capitán Fawkes.

El cuadro es admirable. El teatro representa las cuevas de Westminster, donde los conjurados han amontonado

treinta y seis barriles de pólvora, para hacer saltar al rey, que debe en persona abrir el Parlamento.

Sin embargo, la catástrofe se evita del modo siguiente: William Seymour, encarcelado como uno de los partidarios más decididos de Arabella, logra escaparse de su prisión, desafía a lord Glemnohr, le mata y oculta a Arabella en las cuevas de Westminster, de cuyo modo presencia la joven los preparativos de los conjurados y hace fracasar su plan. Entonces Jacobo perdona a William Seymour y le casa con Arabella.

El drama interesa de un extremo a otro, y sus principales intérpretes, Lacrosonière, Lemaitre, Manuel y Charly, personifican perfectamente sus papeles respectivos.

En los teatros líricos nada notable. *Don Carlos* va cediendo el puesto poco a poco y la *Africana* vuelve a elevarse y atrae todas las noches una crecida concurrencia. Está visto que desde hace años ya, Meyerbeer es el maestro favorito de los asistentes al teatro de la Grande Opera.

La Opera Cómica se propone sacar partido de esta boga que tiene en París el autor de *Roberto*, y prepara en la actualidad la *Estrella del Norte* con las nuevas piezas que añadió Meyerbeer para las representaciones de Londres. Añádesse que la empresa no repara en gastos para dar al espectáculo toda la importancia que se merece.

Por último, el Teatro Lírico no contento con el gran triunfo que obtiene la nueva partitura de M. Gounod, titulada *Julietta y Romeo*, ha organizado unos conciertos para dar á conocer en París á la Carlota Patti, cantatriz de facultades extraordinarias, digna rival de su hermana Adelina, en cuanto á extension de voz y agilidad en el canto. Cada función es un triunfo para ella y una buena fortuna para el inteligente director del Teatro Lírico.

MARIANO URRABIETA.

El desafío.

Un lord joven, cuyo nombre callaré y cuya familia ha dejado de existir, me había convidado á pasar la temporada de la caza en su castillo en Somersetshire. Ya es sabido que estas residencias, llamadas *Shooting boxes* (chozas de caza), son la cita ordinaria de la gente fina, fastidiada, durante el estío y el invierno, de la vida monótona de sus torreones góticos y del lujo de Londres. Lord Byron nos ha dado una muestra reparable de aquella existencia cazadora, libertina, bebedora, poco morigerada por cierto, pero viva, jovial, halagüeña, atolondrada, y en que la gravedad aristocrática, despojándose por fin de sus privilegios y ridiculeces, entra de sopetón en la plenitud de la independencia brava, y no se distingue del estado llano sino por la extrema vehemencia de los excesos que la arrebatan. Lord F***, que debía seguir la carrera de las armas, estaba rodeado en su residencia de Somerset de una multitud de jóvenes militares, que con su bulliciosa alegría y su viva imaginación daban gran movimiento á la escena brillante y campestre de que yo no era más que espectador. Todas las locuras imaginables ocuparon nuestro tiempo, chanzas continuas, burlas sin fin, buena comida, excelente vino, hermosos caballos, comedias improvisadas; prolongadas cenas que duraban hasta muy avanzada la noche, extravagantes apuestas, partidas de caza interminables; la pesca, el juego, el tiro de pistola, todos estos pasatiempos, que se sucedían con suma rapidez, se hicieron pesados después de quince días de este gozoso desorden. Lord F*** nos propuso variar nuestras diversiones; la pequeña población de T*** está situada á corta distancia del castillo en que habitábamos. Hicimos anunciar por los papeles públicos un baile por suscripción, que debía verificarse en aquel pueblo, y adonde no podía dejar de concurrir toda la nobleza de aquellos alrededores. El ser nuestro huésped lord F*** y la presencia de sus brillantes amigos atrajeron allí efectivamente una numerosa sociedad; acudieron á nuestro baile de diez leguas á la redonda; todo salió á medida de nuestros deseos.

Era preciso ver aquella población, demasiado pequeña por la multitud de danzantes que se habían allí reunido, transformada en una especie de campamento, ocupado por una alegre bacanal. Los sonidos de los instrumentos, repetidos por los ecos de las colinas que la rodeaban, atraían los aldeanos de aquellos alrededores, quienes excitados por el espectáculo, improvisaron por su parte otra fiesta casi tan ruidosa como la nuestra.

Las beldades de aquellos alrededores habían también correspondido á nuestras invitaciones. Nunca caballeros tan elegantes ni sociedad tan escogida habían llamado su atención. ¡Cómo latieron aquellos corazones! ¿Quién hubiera podido resistir? la mayor parte de los amigos de lord F*** eran reparables por la nobleza de sus ademanes, y sobre todo por la gracia de sus modales. Casi todos conocían á fondo aquel dialecto baladí y poderoso, aquel arte de penetrar en el corazón de una mujer por medio de frívolas expresiones, compuestas de bagatelas que encantan y de engañosas adulaciones que halagan. Solo yo entre mis camaradas de broma no tenía ninguna de aquellas ventajas; mi cara no es muy regular, mi talle sin nobleza, mis modales poco á la moda. Espectador de una escena viva y animada, representé allí el papel de personaje mudo ó de comparsa. Mis estudios, mis desgracias, el cariño á mi esposa y los pacíficos placeres domésticos no me han inclinado á aquella liviana seducción, tan influyente en los salones. Me con-

tenté con bailar dos contradanzas con una señorita abandonada, una de aquellas pobres criaturas de que nadie hace caso, porque son feas, tímidas, sin gracia, y á quienes el verse solas quita la serenidad, la sal en las agudezas y la estudiada actividad en la conversación, que suple algunas veces á las ventajas exteriores y aun á la superioridad intelectual.

En medio de la turba de danzantes, una joven se hacía reparable por su belleza y modestia. Llamada por sobrenombre la *Violeta de Hazeldon*, por alusión á la gracia tímida de su carácter y al embeleso de sus modales, estaba rodeada de adoradores que aspiraban, con toda la fuerza de la expresión, al favor de ser su amante. Los ojos de la *Violeta de Hazeldon* eran absolutamente de aquel color azulado, pero subido, con que se adorna esta linda flor cuando se despliega: rasgados, lánguidos, llenos de ardor y ternura, difundían destellos de sensibilidad. El contraste de una fisonomía casi severa y de aquellas miradas que descubrían el ardor de su alma tenían un no sé qué de encantador; uno creía estar leyendo en ellos la profundidad de afectos, su constancia y su firmeza. Una poblada cabellera de color castaño se repartía en bucles naturales y como de seda sobre una hermosa frente. Delicadeza exquisita, arrogancia graciosa, con alguna flexibilidad y nobleza en todos sus ademanes, eran los rasgos principales que la distinguían. Disimulésemos estos pormenores; atribúyase su prolijidad á la viva impresión que aquella joven me ha dejado, al deseo de hacerla conocer, y al recuerdo que he conservado del acontecimiento que ocasionó su misma belleza, y cuyas circunstancias voy á referir.

Todos nuestros jóvenes, menos lord F***, cautivados por los encantos de aquella joven, rivalizaban para con ella en galantería y obsequios. Un joven, capitán de guardias de corps, célebre mentecato, heredero de una gran fortuna, reparable por su atlética talla y la belleza de su figura, parecía pretender con más ardor que los otros la honra de agradar á la joven María. El más solícito después de este era un joven de una familia distinguida y que seguía la carrera diplomática. ¿Sonreía al uno? el otro fruncía las cejas. ¿Parecía escuchar con más atención las palabras del capitán? Una expresión de descontento ofuscaba el rostro de su rival, á quien llamaré *Trevor*, para ocultar su verdadero apellido.

Una circunstancia de poca monta aparente hizo estallar entre estos dos jóvenes una guerra nacida de los violentos celos que les agitaban desde el principio de la reunión de aquella noche. El capitán se había apoderado de la mano de la bella María, con la que contaba bailar la primera contradanza. Trevor le defiende diciéndole:

—Capitán, tengo primero la palabra de la señorita, y espero me la cedereis. Señorita, añadió dirigiéndose á María, apelo á usted.

María se sonrojó, previó la contienda que iba á sobrevenir entre los dos.

—A la verdad, dijo, me acuerdo efectivamente de haberla prometido á M. Trevor; pero si pudiese, bailaría con los dos. ¡Capitán! ¿Usted no quiere, no es verdad?

Y una mirada suplicante de la joven parecía pedir perdón al celoso rival.

El capitán se alzó, echando una mirada penetrante á Trevor que le provocaba; poco después le vi salir del salón. No sé qué convicción secreta me advertía que aquel incidente sería fecundo en desgracias. Conocía la inflexible altanería de entrambos. Trevor, bailando con María, buscaba continuamente con la vista al capitán, cuyos hostiles intentos había adivinado.

A los atentos obsequios de que colmaba á su hermosa pareja se barajaba una secreta ansiedad y una ira concentrada.

Ocho días después, lord F*** dió un espléndido banquete á la mayor parte de los que le habían acompañado al baile de que acabo de hablar. Trevor y el capitán eran de este número, y resolvió observarlos atentamente. El capitán llegó primero, y fué á colocarse á la ventana. Trevor se apeó junto á la puerta exterior; el capitán le vió, se puso pálido, sus labios se contrajeron; dejó su puesto con aire de sosegada indiferencia, que engañó á todos menos á mí. Sin embargo, permanecía en pie al extremo de la sala, cabalmente enfrente de la puerta de entrada, y fijos los ojos sobre ella. Los rivales se saludaron mutuamente, con una frialdad bastante notable, pero sin descortesía.

Veinte convidados estaban sentados al rededor de una mesa cubierta de los más exquisitos manjares: excelentes vinos, un servicio espléndido; todos estaban rebotando satisfacción; circulaban las agudezas; el capitán y Trevor, muy lejos uno de otro, parecían haber olvidado sus rivalidades. A las ocho y cuarto se sirvieron los postres, y una multitud de botellas de vino de Oporto, de Champaña y de Madera fueron colocadas delante de nosotros. Algunos de aquellos extraños brindis que suelen echar los jóvenes cuando se han retirado los criados, dieron más vivo impulso á la alegría universal. Entonces se levantó nuestro anfitrión empuñando un vaso de champaña.

—Queridos amigos y compañeros de gloria y de placer, exclamó, llenense vuestras copas; se trata de un brindis que os gustará. Bebamos á la salud de la hermosa María, de la *Violeta de Hazeldon*. Aclamaciones unánimes atestiguan nuestra general admiración por la beldad de Hazeldon. El capitán y Trevor no fueron los últimos en repetir el nombre de la joven. La mano del capitán temblaba cuando arrojó el vaso á sus labios.

—¡Ah! ¡ea! exclamó un joven atolondrado; ¿quién

se encargará de responder por ella y de dar las gracias á la asamblea en nombre de la bella de Hazeldon?

—Toma, su predilecto Trevor, contestó otro.

—Vamos, Trevor, ¡en pie! ¡levántate! ¿A qué tanta modestia? La tuviste embargada todo el baile. Nadie pudo bailar con ella; apenas tenía un tiempo de dirigirla una palabra.

—Yo estoy en que el capitán tiene que hacer valer sus derechos, dijo lord F***; yo advertí más de una sonrisa de la bella María; finezas leves sin duda, pero expresivas y que se dirigían al capitán.

Trevor y su rival, igualmente confusos, guardaban silencio. El capitán apretaba violentamente y con un aire agitado el vaso que tenía en la mano. Acalorados ya por los vapores del vino, tomaron partido todos los convidados, unos por el capitán y otros por el diplomático, quienes guardaban el mismo silencio, mientras que se discutía su preeminencia con tanto interés, celo y alboroto, como si hubiese dependido de este ridículo debate la salvación de la patria. De cuando en cuando el capitán lanzaba á Trevor una mirada de enojo, que, aunque no lo veían los alborotados, no se me ocultó jamás. Un joven del condado de Cornualles que extrañaba la grave fisonomía de aquellos dos jóvenes, aunque empezaba á sentir las consecuencias de aquella escena, probó de restablecer la calma y apaciguar los ánimos.

—Pido la palabra, exclamó; y hé aquí mi mocion: Apuesto veinte contra uno á que el corazón de la joven María está aun indeciso entre sus dos adoradores. ¿Qué hay pues que hacer? Echarlo á suertes, cara ó cruz. Entren en suerte el capitán y Trevor, y de los dos al que gane será el legítimo galán.

Echáronse todos á reír, pero no lo hicieron así aquellos dos rivales; sus fisonomías se ponían cada vez más sombrías. El capitán, pálido, con los ojos fijos en el vaso que estaba lleno de licor y que bebía á pequeños sorbos, aparentaba indiferencia, pero traslucíase su conmoción interior á pesar suyo. No así Trevor, más maduro y más dueño de sí mismo, permanecía inalterable; su embarazo y su agitación apenas se hacían reparables, pero ningún movimiento secreto de los dos se me había ocultado. Había visto empezar aquella escena y la veía desarrollarse claramente á mi vista; la vanidad y el amor estaban luchando á un tiempo en aquellos rivales. Todo lo que tiene de más violento el alma humana se encontraba conmovido, irritado y en combustión por aquella inesperada circunstancia. Para un observador poco reflexivo, tanta importancia por un debate tan leve hubiera parecido inverosímil y ridículo; yo conocía mucho el corazón del hombre para juzgarlo así.

—Capitán, dije en voz baja á mi vecino; creía en verdad que este honor que se os ha disputado con tanto calor os pertenecía, supuesto que he visto á María ponerse colorada de orgullo y de placer al recibir vuestros primeros homenajes.

Hizo un esfuerzo por sonreírse.

—Teneis razon, me dijo: Trevor ningún derecho tiene para reclamar el título que se le quiere conferir. Este es á lo menos mi modo de pensar.

El aire sombrío de los interlocutores heló el buen humor de los concurrentes.

(Se concluirá.)

El parque de los cerros Chaumont.

Hé aquí uno de los grandes prodigios que ha sido preciso hacer para crear el París moderno.

Los cerros Chaumont, tristes, áridos, siniestros, han desaparecido; es una metamorfosis completa.

Hoy, en vez de tan lúgubre sitio, se ve un parque grandioso y pintoresco. En aquellos lugares donde la gente no podía arriesgarse, aun en medio del día, sin peligro, circulan hoy los coches, haciendo crujir la arena de las espaciosas avenidas; el paseante puede perderse en los senderos cubiertos de sombra, y por todas partes, al través de los céspedes y los bosquecillos, juegan y gritan los niños.

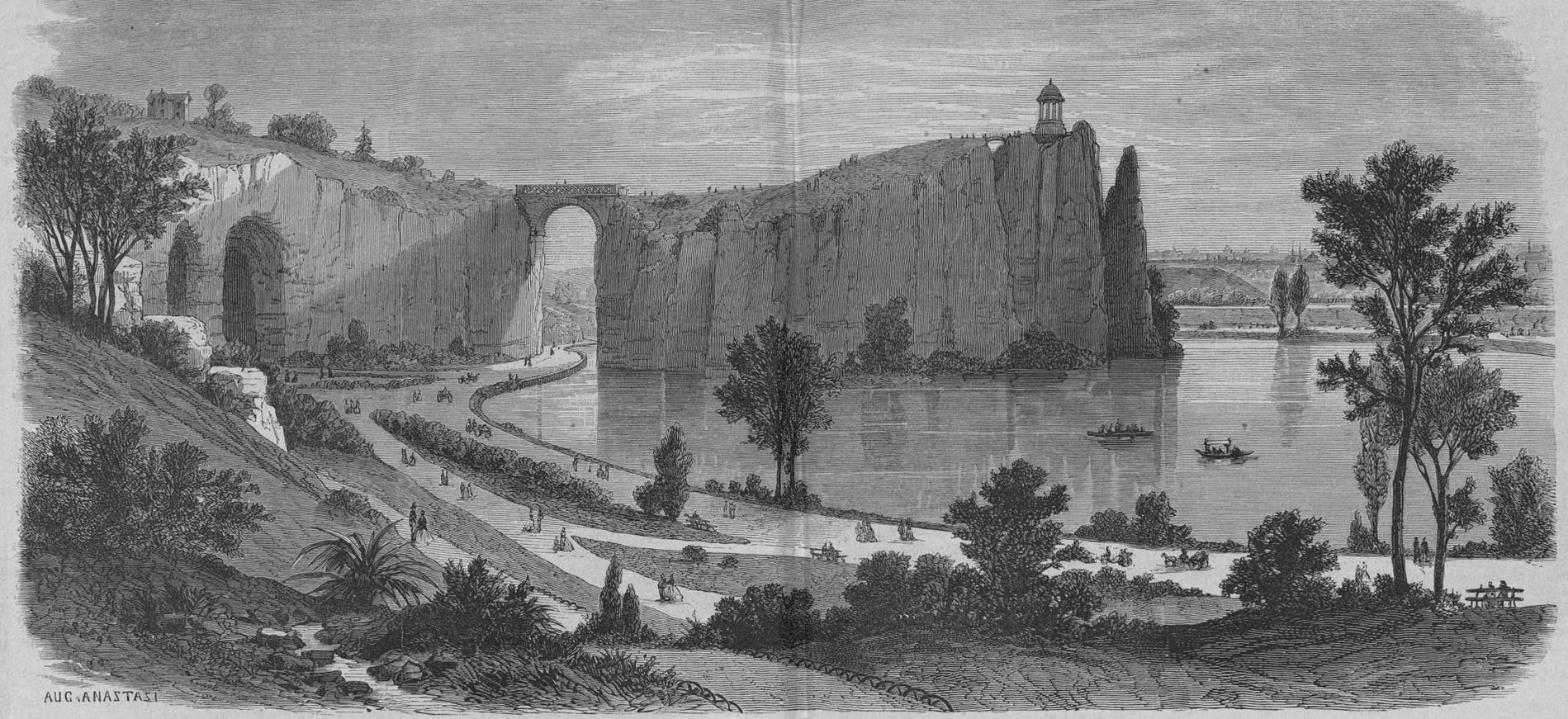
Nada falta en este lugar encantado. Hay agua, verdura y flores, un paseo, en fin, cosa bien necesaria en el barrio. El parque afecta la forma de un triángulo curvilíneo, de una capacidad de 22 hectáreas, estando limitado por la calle de Crimea y dos anchos boulevares recién abiertos y plantados de árboles. Una verja elegante le rodea sin romper sus perspectivas.

En este espacio han reunido á fuerza de dinero todos los ornatos imaginables. Aquí hay montes abruptos coronados de pinos; allí sombríos desfiladeros; más lejos hay valles donde rien las flores en la verde yerba. Hay además ríos, cascadas, lago y promontorio que corona un templo; muchos pabellones de madera, piedra y ladrillos de variados colores, tres *restaurants*, grutas guardadas de estaláctitas y estalágmicas, salas de verdura con puntos de vista, y además, una altura plantada de cedros, esos árboles augustos que en la antigüedad se veneraban tanto.

La parte más interesante de este parque es seguramente la que confina con la calle de Crimea. Dos arroyos que corren alegremente á lo largo de valles profundamente encajonados, entran por este sitio en un lago que alimentan y que domina el promontorio de que hemos hablado antes. El templete de columnas que se alza en la cumbre de este promontorio, es una repro-



El arco grande.

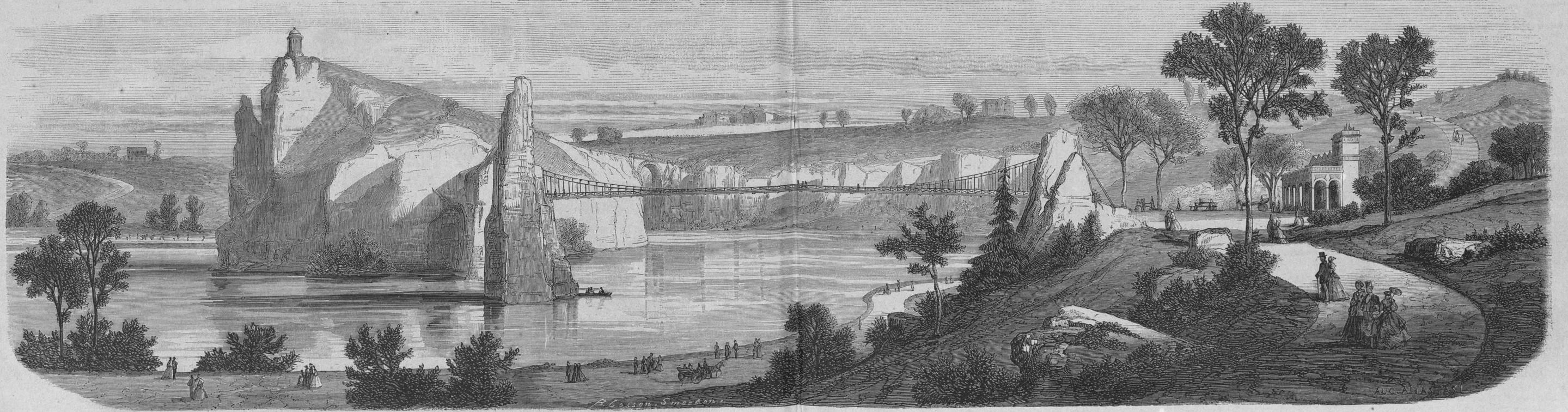


AUG. ANASTASI

EL PARQUE DE LOS CERROS CHAUMONT. — Vista general del parque, tomada por el lado del Este.



Camino de las agujas.



AUG. ANASTASI

Vista general tomada por el lado del Oeste.

duccion del templo de la Sibila que se ve en Tivoli, en la comarca de Roma. Un puente colgante pone en comunicacion con la orilla el templo y el promontorio. El efecto es admirable.

La apertura del parque de los cerros Chaumont tuvo lugar el 1º de abril último, el mismo día que se abrieron oficialmente las puertas de la Exposicion universal. Desde entonces, siempre que hace buen tiempo, la muchedumbre, ávida de novedades, no ha dejado de visitarle, y en verdad merece que todo el mundo le visite para admirar lo que puede hacer la mano del hombre.

Dos caminos conducen al parque: la calle Lafayette y la del faubourg del Temple; pero que se adopte la una ó la otra via, el visitante debe hacer una parada en el nuevo boulevard á la izquierda de Belleville. Desde este punto culminante se distinguen los cerros, la cascada, los peñascos, y á lo lejos un panorama asombroso: primero Paris, y en su derredor el departamento del Sena; luego Versailles, San German, Mantes, diez ciudades, treinta aldeas, y en lontananza, como al través de un velo y medio borradas, las colinas del Oise.

C. P. D.

Revista de la moda.

Nuestro figurin de este número representa, como es de costumbre, las actualidades de la moda.

El primer personaje viste con toda la elegancia y distincion que pueden permitirlo las modas del día, cuando las reuniones de los baños de mar son tan numerosas como variadas.

Compónese este traje de un frac de paño ligero negro, de forma de chal, y cubierto el chal de seda lisa.

Observaremos que los delanteros del chal son muy abiertos, y el cuello muy suelto y bajo.

El talle es un poco largo, los faldones estrechos y las mangas casi derechas, cortas y sin bocamangas.

Chaleco negro de seda, tela igual á la que cubre el chal del frac. Este punto es importante, pues si fuera de paño ó de una seda diferente, como las sedas lo mismo que el paño no son nunca del mismo negro, á menos que sean de la misma pieza, habria una falta de buen gusto incontestable, falta que á toda costa se debe evitar.

La forma del chaleco es de chal, muy abierto sobre el pecho y solo se cierra con tres botones.

Pantalón de dril blanco, no muy ancho y sin trabillas.

El segundo traje es de medio vestir, uno de esos trajes sin etiqueta, pero que están aceptados en la mejor sociedad para de día y aun para comida que no sea de ceremonia.

Consta de una levita de paño verde oscuro, que constituye su pieza principal; una levita derecha, corta y de poco vuelo, que solo accidentalmente se abotona.

Así es que las solapas vuelven hasta el tercer ojal, y el cuello, como se usa en toda clase de prendas, va muy suelto y con poca caída.

Chaleco blanco de hilo, de chal, medio abierto y cerrado con cinco botones.

Pantalón de hilo color de gamuza, adornado con una costurita al lado.

El último traje es todo blanco.

Ordinariamente los trajes que se usan para verano en el campo son muy variados, sean blancos ó de color, de lana ligera ó de alpaga.

Sin embargo, este verano, segun nuestras noticias, apenas se pide otra cosa que trajes blancos de hilo.

El que reproducimos en nuestro figurin es de tela imperial, y hé aquí el corte de cada una de las piezas que le componen.

El chaquetón está cortado en forma de saco por detrás, y sobre el delantero se cierra el botón de arriba para abrirse despues y dejar ver un poco el chaleco.

Este chaquetón, que es corto y holgado, lleva bolsillos en los lados.

Chaleco derecho sin cuello, cerrado muy alto y mas largo que de costumbre por abajo; los ángulos son redondos.

Pantalón bastante estrecho, aunque sea de una tela que se lava, con costura replegada á cada lado.

Viaje al polo boreal.

FRAGMENTOS.

(Continuacion.)

La experiencia nos habia enseñado que aquellos campos de hielo, que al principio creíamos tan macizos y estaban tan estrechamente unidos que nos sería imposible separarlos, eran sin embargo tan movibles como las olas, unas veces abriéndose, otras cerrándose en mil direcciones, á merced de las aguas y de los vientos.

Acometimos esforzadamente los hielos, presentándole el costado y á toda vela por la parte opuesta del paraje

que queríamos forzar. Parte de la tripulacion, apostada en la parte inferior del barco, lo impelia contra los hielos para ensanchar el cauce, al paso que los demás que se habian quedado á bordo maniobraban en la popa para hacerlo avanzar.

Las fuerzas combinadas del viento, del cabrestante y de los palos de hielo produjeron una violenta compresion en los bajos que nos rodeaban, y pasamos sucesivamente por parajes en que, poco antes, no hubiera podido penetrar la menor embarcacion. Habiendo continuado por dos días este excesivo trabajo, no vimos en nuestro alrededor mas que hielos movibles, separados unos de otros, y que se dispersaban con el tajar.

Soplando el viento el día 20 con sumo impetu, allá nos entregamos á su impulso y al de los corrientes, y muy pronto nos encontramos por los 86 grados de latitud, á unas 80 leguas del polo, hácia el cual nos arrollaban los vientos y las corrientes.

Por la tarde, estando el cielo despejado y el mar medianamente limpio, divisamos la tierra al nordeste, estando por los 86 grados de latitud y los 34 de longitud Este de Londres; la sondalesa nos indicó en este paraje cincuenta brazas sobre fondo peñascoso.

Favorecidos de un buen fresco, alcanzamos la costa, que hallamos encrespada de peñascos y de arribada trabajosa. Ansiosos no obstante de desembarcar en una playa en que ningun hombre habia aun sentado sus plantas, dimos fondo por treinta brazas, y al día siguiente por la mañana, aprovechando de la calma, me trasladé á la costa en una barca.

Esta isla, que no parece tener mas de dos millas de longitud, es extremadamente llana y estéril, y no se percibe en ella asomo de vegetacion. Su suelo se compone de arena y de guijarros, al parecer fogueados, de donde conjeturamos que habia sido producida por una erupcion. Encontramos acá y acullá varias yerbas silvestres y musgo de la especie mas comun. Servia aquel sitio de refugio á una multitud de aves que sin duda se retiran allí durante el estío para depositar sus huevos y criar á sus hijuelos. No vimos ningun cuadrúpedo, ni mas ave de rapiña que el burgomaestre, que reina solo en aquella isla, y podria compararse á aquellos tiranos de los siglos pasados que no conocian mas ley que su capricho.

Engórdanse sus vasallos bajo sus imperiales ojos; y cuando le estrecha el apetito, no escrupuliza en apoderarse del que le cuadra. Compónense sus súbditos de gansos, aves de los hielos, malamucos, kermews, rotgers y otras muchas aves setentrionales, cuyos huevos é hijuelos eran tantos que no podíamos dar un solo paso sin aplastar algunos.

Llevámonos una abundante provision de ellos, y aunque solo el hambre podia encontrarlos buenos para comer, no obstante, nos alegramos mucho de tener un manjar para alternar con nuestras provisiones saladas.

El día 23 nos volvimos á poner en camino, con un terral que solia arrojar nuestra embarcacion sobre los hielos flotantes, de manera que la hacia subir cuatro piés sobre la superficie del agua, y en breve perdimos de vista la isla de Burgomaestre.

Debo advertir á nuestros lectores que, si bien el sol no dejaba el horizonte en aquella temporada, mediaba sin embargo suma diferencia entre el día y la noche; pues durante el día no tenian fuerza sus rayos, que derramaban un resplandor poco diverso del de la luna; además hacia siempre mucho frio, y el termómetro señalaba 14 grados bajo cero.

Habiendo cesado de soplar la brisa, desapareció el buen tiempo. La nieve caía en abundancia, y el mar se cubrió de un hielo espeso de seis pulgadas entre los bajos mas cercanos.

La mudanza de viento nos obligó á amarrarnos en un banco, donde, por un repentino movimiento del hielo pegado, nos encontramos de todo punto encerrados.

Registramos prolijamente todas las partes del buque, y reconocimos, con gran satisfaccion nuestra, que ninguna de ellas habia padecido por los bajos, cuyos vaivenes hacian temblar los mástiles como si hubiese estado á punto de romperse.

A las tres de la madrugada del día siguiente, reunióse en la cubierta toda la tripulacion para trabajar á una en precavernos del peligro que nos amenazaba.

Los carámbanos flotantes nos estrechaban sobre los bajos, y, agolpándose sobre la popa, ya nos causaban suma zozobra; cuando por un milagro mudó el viento y dividió aquellas enormes moles, que desfilaron por cada lado del buque, elevándose hasta cerca de veinte piés sobre el combés, y amenazando á cada instante desplomársenos encima.

Cercados de bajos por todas partes, que se iban juntando, y viendo que el peligro se hacia mas y mas inminente, procuramos descubrir, por medio de los anteojos, algun lago en que pudiésemos estar en seguridad. Douglas se ofreció voluntariamente á recorrer el hielo con dos hombres, en busca de un paraje tal como lo deseábamos.

Esta expedicion no era poco peligrosa, porque la superficie del hielo estaba encubierta en muchos lugares de nieve que ocultaba á la vista las partes fofas.

Antes de poner en ejecucion aquel intento, columbramos, á una milla, poco mas ó menos de nosotros, un pequeño espacio de agua en que se hallaban algunos témpanos, y probamos de alcanzarlo; pero luego reconocimos que esta empreña encerraba grandes dificultades. Sin embargo, tuvimos teson, y perseverando en un trabajo increíble, que duró treinta y seis horas

sin interrupcion, llegamos al paradero de nuestros esfuerzos.

Aunque juzgásemos haber puesto la embarcacion en seguridad hasta cierto punto, no por eso tardó en hacerse mas critica nuestra situacion; pues que un enorme trozo de hielo se dirigia directamente hácia nosotros, y para evitarlo nos afanamos por meter el barco en una ensenadilla; pero apenas hubo entrado en ella, vino el hielo á dar con las dos puntas del estrecho en que nos hallábamos.

Haciéndose mas violento el empuje, empezamos á temer al día siguiente que aquella mole alcanzase al buque y lo hiciese pedazos. En semejante situacion, no nos quedaba otro recurso que abrir una cuenca en el hielo, en donde pudiésemos ponernos en seguridad.

Apenas se puede formar concepto del portentoso ahínco que requeria la ejecucion de esta empresa; pero ¿qué dificultades y qué trabajos son capaces de restriar las conatos del hombre, cuando le va en ello la vida? Las sierras de que nos valimos para esta operacion tenían catorce piés de largo y siete de ancho, con dientes de una pulgada y media de altura. Con la ayuda de aquellas herramientas, los marineros aserraron el hielo, siguiendo líneas trazadas sobre su superficie con tanta simetria como si hubiésemos construido una fortificacion.

Habiendo dado á la cuenca una forma circular, resistió por algun tiempo al empuje, y nos creíamos en seguridad, cuando las moles descomunales que nos cercaban, llegando á moverse simultáneamente, estrujaron violentamente la fuente y le dieron una forma ovalada, de modo que volvimos á quedar expuestos al mas espantoso peligro.

Estaba de tal modo estrujada la embarcacion, que, á ratos, su forma parecia notablemente alterada, y crujia como si estuviese próximo su descuadernamiento.

Teniendo á la vista la horrorosa perspectiva de perecer en medio de los hielos, para no dar cabida á la desesperacion tuvimos que armarnos de sumo teson y confianza en la Providencia. Yo me acordaba de cuántas veces nos habia alargado su diestra amparadora, y me rendí á su albedrio con la mas cabal resignacion.

Continuaba el barco estallando y crujiendo de un modo espantoso; introduciéndose los hielos por debajo de la proa, lo levantaban de modo que apenas podíamos tenernos en el combés.

Aguardábamos quedar estrujados por momentos, cuando repentinamente disminuyó la presion; lo que calmó un poco mi zozobra, á pesar de que aun recibió la embarcacion, á ratos, algunos vaivenes; luego que volvió á su asiento, la reconocimos para ver dónde habia padecido, y echamos de ver que el empuje habia encorvado los travesaños de hierro afianzados debajo la cubierta. Sin pérdida de tiempo, los reemplazamos con otros nuevos por donde quiera que podíamos hacerlo sin inconveniente; pero apenas hubimos concluido esta fortificacion interina, se hizo el peligro tan inminente como antes, y por espacio de tres días tuvimos nuevos sobresaltos; siendo nuestra situacion tanto mas cruel en cuanto veíamos á corta distancia freos y bahías que nos era imposible alcanzar.

En este horroroso trance cada cual fué dando su dictámen: el capitán propuso descargar sobre el hielo todas las provisiones para en seguida probar de arrastrar el barco hasta la abertura mas próxima. Pareciónos que nuestra salvacion se cifraba en tan agigantado proyecto, que no era absolutamente inasequible.

Habiendo tirado á una ave uno de nuestros hombres, noté que la conmocion del aire habia sido extremadamente fuerte, por haber repetido el disparo el eco de las montañas de hielo seis veces por lo menos, á lo que se siguió una ruidosa batahola ocasionada por la caída de sus picachos; de lo que inferí que, puesto que la sencilla descarga de un mosquete producía tamaño efecto, la de nuestras piezas de artillería lo produciría mucho mas violento en las moles que nos cercaban.

Hicimos al punto el experimento, tirando una andanada contra la enorme mole que se habia detenido á la entrada de nuestra cuenca, elevándose sobre la superficie como una fortaleza.

El estruendo de nuestras piezas produjo un efecto verdaderamente pavoroso; pues los ecos dieron sonidos parecidos al trueno, obrando el vaiven del ambiente sobre toda la superficie del hielo, y haciéndola crujir en mil parajes.

Repetimos muchas veces el experimento, y siempre logramos el mismo resultado.

Ignoro si, continuando de esta manera, hubiéramos llegado á abrirnos paso; pero habiendo cambiado el viento, cesó el empuje de suyo, volviéndonos á encontrar libres de una situacion tan peligrosa, y observamos que el buque se habia estampado en la nieve tan cabalmente como si se hubiese vaciado en un molde, y hasta las juntas y los clavos estaban distintamente marcados en ella.

Permitiéndonos andar nuestra actual situacion, tendimos las velas, y favorecidos por un buen fresco, gobernamos al noroeste y al Oeste. Al día siguiente, encontramos la mar descubierta en todas direcciones. El termómetro habia subido al primer grado del frio, y se iba elevando sucesivamente.

Continuamos nuestro rumbo siguiendo la derrota del viento, y el día 25 nos encontramos por los 87 grados de latitud Norte, siendo siempre la mar navegable y el tiempo bonancible. Andábamos con ventolinias del Sur, y el mar estaba tan terso y sosegado como hácia el Mediodía, lo que nos esperanzó en sumo grado. Solo dis-

tábamos del polo tres grados, sesenta leguas, y creíamos haber pasado los inmensos ventisqueros que rodean la tierra al Norte del círculo polar.

En alas de la esperanza de descubrir algún país desconocido que sería la recompensa de nuestros trabajos y colmaria nuestros anhelos, olvidamos que, á la vuelta, tendríamos que atravesar aun aquel anillo encantado, en donde habíamos encontrado tantos peligros.

El día 27 anunciémos la tierra el hombre apostado en la cofa; como nos habíamos equivocado muchas veces, pensamos que lo que veía no era otra cosa que un banco de hielo; pero distinguiendo muy pronto un color negruzco, reconocimos, con gran satisfacción nuestra, que era realmente la tierra. Habiendo echado la sondalesa, nos señaló diez brazas con fondo arenisco mezclado de conchas.

Nos retiramos á una excelente bahía donde no teníamos mas que tres brazas de agua; siendo nuestra latitud, calculada por la observación, de 86° 6', y nuestra longitud sobre 4° Este de Londres. La tierra se extendía al Este y al Oeste mas allá del alcance de nuestros mejores telescopios. Vista del mar parecía llana; pero se iba elevando por grados, terminando en el horizonte por una cordillera de encumbradas montañas.

Pintóse aquel sitio á nuestros desalados ojos semejante á un paraíso terrenal; pues nos parecía ver selvas ondeadas, campos esmaltados de flores y cristalinos arroyos segando por valles alfombrados; mas ¡ay! tan lisonjero embeleso se iba desvaneciendo conforme nos adelantábamos, y luego reconocimos que cualquiera que hubiese sido el estado primitivo de aquel país, carecía en él, á la sazón, la naturaleza de aquel calor vívífico necesario á la vegetación.

Embarquéme, al punto, en la lancha con una numerosa escolta, y me fui á tierra para tomar posesión de aquel país, que denominé *Continente-Polar*.

Observamos en él la misma esterilidad que reina en todas aquellas frias latitudes, y reconocimos que no elevándose nunca el calor en la costa sobre los 10 grados, era insuficiente para la producción de los vegetales diferentes de la yerba y del musgo que crecen en aquel sitio. Es cierto que vimos una especie de abeto, pero tan desmedrado, que tenía apenas dos pies de altura. No estaba acompañado mas que de un cortísimo número de ramas, y parecía ser el resultado de los posteriores conatos de la naturaleza agonizante, para continuar la existencia de una especie que, en otro tiempo quizá, crecía con gallardía por toda la costa.

No teníamos marea en estas aguas, si solo marejadilla, con ventolinahalagüeñas como el zéfiro de la primavera.

Encontramos varios arroyos de agua excelente que bajaban de los montes á la llanura, formados, sin duda, por el derretimiento de las nieves. No vimos en aquel sitio ninguna especie de cuadrúpedo ni mas ave que el pato.

Aquella region exánime infundía sumo desconsuelo; en ella no se oía ni el silbido de los vientos, ni el hervidero de las olas; jamás llegaban al oído los redoblados graznidos de las aves silvestres y de los cuadrúpedos, cuya mezcla y variedad animan los países donde no asoma la especie humana; reinaba por todas partes un silencio semejante á la muerte. Esta horrorosa escena hizo una impresión tal en nuestra gente, que todas sus facultades venían á quedar embargadas por la tristeza; y no parecía sino que no se atrevían á turbar con sus voces aquel reposo de la naturaleza.

Aquel silencio sumo hacia tanta impresión en el ánimo, que un jóven llamado Thistlebed, natural de las serranías de Inglaterra, que de algunos días á aquella parte se mostraba melancólico en extremo, nos dejó, á mitad de la noche, con intento de morir en aquel sitio. Le hallamos echado á la orilla de un arroyuelo en ademan desesperado y deshecho en lágrimas. Nos manifestó que trataba de quedarse allí y terminar su vida, mirando como imposible que volviésemos á pasar los mares helados que ya habíamos atravesado, añadiendo cómo aquellos lóbregos y estériles desiertos le representaban tan al vivo su patria, que no podíamos hacerle mayor favor que abandonarle en aquella playa; que sabía bien que no encontraría alimento ni abrigo, pero que la vida se le hacia tan despreciable, que estaba resuelto á esperar allí la muerte. Por extraña que parezca tal resolución, encontró no obstante entre nuestra gente algunos aprobantes que estaban á pique de seguir su ejemplo. Según lo que pasaba, ordené á Douglas que cargase con aquel hipocóndrico, á otro que le prestase su auxilio para llevarle, y nos restituimos á bordo todos juntos.

Para realentar los ánimos abatidos, hice distribuir doble ración de aguardiente. Permanecimos cerca de una semana en aquella bahía, que denominamos la enseñada del Sueño (*Drowsy Harbour*). Habiendo levado el áncora, fuimos bajando la costa hacia el Oeste.

A cualquier paraje que encaminásemos la vista, nos encontrábamos con el mismo aspecto. Después de haber recorrido un espacio de mas de treinta leguas, nos hallamos á la entrada de la bahía mas singular que nunca haya yo visto; estaba formada por peñascos de varias alturas que se avanzaban muy adentro en el mar. En varias direcciones vimos enseñadas muy profundas, mas parecía imposible tomar tierra.

El agua de aquella bahía estaba tan apacible y era tan cristalina, que las peñas y el barco se retrataban en ella como en un lago.

Nos pusimos en facha para que Saunders pudiese levantar un bosquejo de aquel sitio vistoso que tiene mucha semejanza con la cueva de Fingal en Escocia, con la diferencia de que no está abovedado, y sus peñas no

son de una forma prismática, sino que se componen de cantos hacinados en moles, sin concierto.

Durante ocho dias continuamos emparejando con aquella isla por la parte del Oeste, sin encontrar ninguna enseñada ó brazo navegable, ni siquiera una corriente de agua que mereciese el nombre de río.

Por la elevación de los montes y la valentía de los parajes, juzgamos que el país, aun suponiendo que fuese una isla, debía extenderse hasta el polo. Moles enormes de piedras, cuya superficie estaba encrespada por algunas millas de la ribera, imposibilitaban todo fondeadero.

En el invierno, el número de nuestros perros se habia reducido á cuatro: y los que habian sobrevivido, debilitados con tan largo encierro y por los malos alimentos, no podían sernos mas que de un débil auxilio para tirar el trineo en aquel fragoso terreno. Al partir de Inglaterra, pensé que este trineo podría servirnos para atravesar el hielo en las cercanías del polo, en caso de que estuviese todo dispuesto para que por este medio pudiésemos alcanzar el fin á que nos dirigíamos; pero tan imposible era abrirnos paso por entre aquellos horribles desiertos como volar en los aires. Nos habíamos ya adelantado dos grados mas lejos que todos los navegantes conocidos, y por mas repugnancia que sintiésemos entonces en retroceder, no nos quedaba otro partido que tomar, si queríamos conservar nuestras vidas. Habíamos llegado hasta 180 millas solamente mas acá del polo; y nos convencimos que en aquel punto habia tierra, y no un mar de hielo; de donde concluimos que aquel continente polar habia de extenderse hasta una gran distancia hacia el Sur, y que á continuación suya se hallaban las numerosas islas de que está sembrada aquella parte del globo, y que son conocidas bajo los nombres de islas del Japon, de Sandwich, etc.

Las inmensas llanuras de nieve que cubren el mar, de la parte de acá del polo, prueban indisputablemente que hay islas en las cercanías de aquel punto, siendo la tierra tan necesaria para la formación del hielo como el agua á su sustancia.

Reconociendo el día 1° de julio que la tierra se prolongaba aun hacia el oes-nor-oeste, y desahuciados de hallar algún brazo ó río por cuyo medio pudiésemos avanzar hacia el Norte, tomamos la resolución de volver; operó esta determinación en el ánimo de nuestra gente una mudanza extraña, por cierto; pues desde nuestro embarque en la costa de aquel melancólico país en donde el sol carecía de calor, á pesar de que no desamparase nunca nuestro hemisferio y pareciese girar sobre su eje encima de nuestras cabezas, se habia apoderado de los mas una especie de indiferencia, con raptos de desesperación. Pero la esperanza de volver á ver su país nativo reanimó en un instante toda su energía, y en los mas melancólicos cedió á la tristeza el regocijo.

Debo decir en honor de la verdad, que no se encontró ninguno entre ellos que faltase á su obligación, ó manifestase el deseo de que se abandonase la expedición; pero hacia mucho tiempo que se miraban como otras tantas víctimas consagradas á la muerte, y se avenían con resignación á la voluntad de la Providencia.

El día 10 de julio mudamos de rumbo para despedirnos para siempre de aquellas regiones inhabitables del globo, á que dimos el nombre de *Continente-Polar*. Pero como entonces no teníamos viento ni marea que nos llevase á alta mar, volvimos á nuestras zozobras y sobresaltos. Después de maduras reflexiones, no vimos otro partido que tomar que desatar las lanchas para conducirnos á remolque en medio de la calma mortal que parecía querer aherrojarnos sobre aquella inhumana costa.

Continuamos tres dias esta fatigosa maniobra sin que sobreviniere la menor ventolina.

El 15 de julio tocamos á un islote que parecía formado de un monton de peñas, y no presentaba ninguna señal de vegetación, y por este motivo la denominamos *Isla Berroqueña*, y encontramos muchas de este género. El 20 de julio volvieron á aparecer los hielos, y el termómetro bajó 10° en algunas horas.

Esta mutación de temple nos obligó á volvernos á poner la ropa de invierno. El 25 pasamos por debajo del meridiano de Londres, estando por los 85° de latitud. Los hielos se recogían entonces en derredor nuestro, y el tiempo estaba con cerrazon.

Fácilmente nos abrimos paso por los hielos que iban nadando casi por todas partes, porque las grandes moles se habian corrido á una gran distancia hacia el Sur, y encontramos el agua muy navegable hasta el 88° de latitud Norte. Llegados allí, empezamos á temer que no podríamos adelantarnos ni aun hasta Spitzberg. Encontramos muchas islas, y como todas presentaban la misma apariencia de exterminio, y por otra parte, nos importaba mucho apresurar nuestra carrera, no nos paramos á visitarlas, sobre todo en un momento en que empezaba á escasearnos el carbon, y sabíamos que sin él nos sería imposible pasar el invierno, si fuésemos tan desgraciados que tuviésemos que pararnos en Spitzberg. Es cierto que la madera flotante nos fué un gran recurso, y á nuestro paso encontrábamos porciones de ella realmente asombrosas. Nuestros vinos no eran ya potables, pues habian estado tantas veces helados y deshizados, que casi sabian á cerveza corrompida.

El 4 de agosto pasamos entre dos inmensas llanuras de hielo sobre las que jugaban varios osos. Habiéndose uno de ellos acercado al buque, le hicimos fuego, y le vimos caer muerto alcanzado de dos balazos en el pecho, y no pesaba menos de 700 libras. Como hacia mucho tiempo que nuestro alimento consistía solo en pes-

cado y carne salada, lo encontramos tan sabroso como la mejor vaca que hubiésemos nunca comido.

Los animales de esta especie solo son vulnerables en el pecho ó en el ijar; y una bala asestada á cualquier otra parte del cuerpo, les haria apenas cambiar de sitio.

El día 6 tuvimos un tiempo claro, y emparejamos con el hielo. Continuando la serenidad del cielo, nos creímos trasladados á otro clima. Costeando el hielo, hallamos varias aberturas por las cuales en vano intentamos abrirnos paso. Como siguiendo aquella dirección, íbamos siempre ganando en latitud, adquirimos la certeza de que todo el círculo de hielo iba nadando hacia el Sur.

(Se concluirá.)

Exposicion universal de 1867.

EL VESTIDO.

(Conclusion.)

Todas las observaciones que hemos hecho á propósito de las alfombras en nuestro artículo anterior, se aplican igualmente á las demás telas de lana destinadas á darnos á conocer lo que es en el día la industria oriental. Por todas partes encontramos las mismas cualidades, y por todas partes tambien los mismos defectos, y así es que no vacilamos en atribuir las unas y los otros á las mismas causas. No nos negamos á reconocer y á proclamar que el capricho pueda encontrar un día completa satisfacción en esas lanas; pero creer por esto que habrá algún cambio, alguna metamorfosis en la marcha general de nuestro comercio occidental, nos parece que sería una ilusión y no otra cosa. Con nuestras telas, y se advierte que nos referimos lo mismo á la Francia que á la Inglaterra, á la Bélgica que á la Alemania, cuyos productos son similares con las telas de todos esos países, se podrían confeccionar trajes mas bellos, mas cómodos, y sobre todo mas útiles que los que han atraído nuestras miradas en los escaparates orientales.

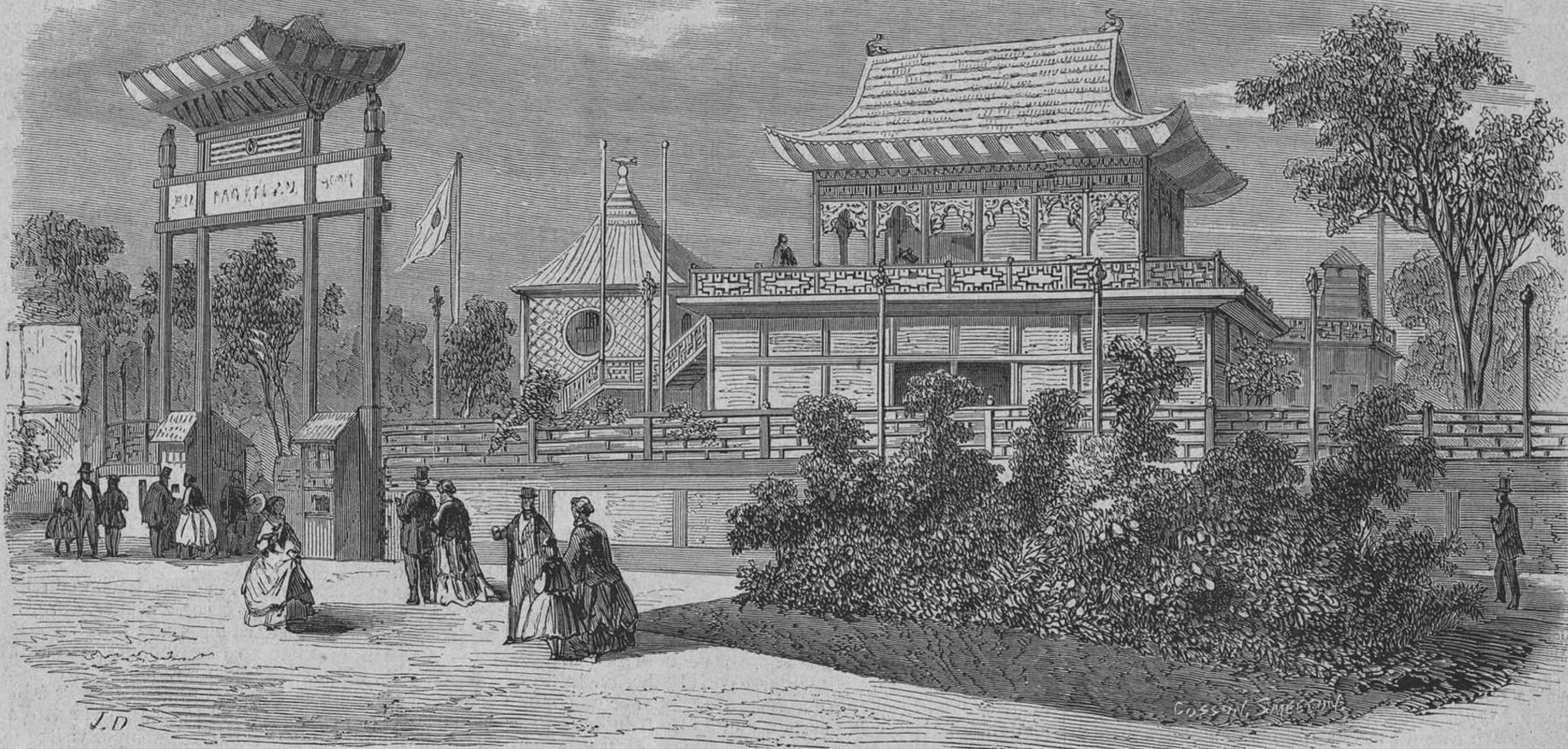
Sin embargo, haremos una excepción en favor de una tela blanca y rosa que hemos visto en la exposicion de la Persia, tela que, segun nos han dicho, se fabrica en Chyrax: este tejido fino y sedoso sirve para hacer vestidos interiores, la segunda vestidura que llevan cerrada los elegantes de Teheran y de Ispahan. Tiene el atractivo de todo lo que es raro; pero además, su valor como tela es positivo. No es sin duda alguna el tejido de Kachmyr; pero se comprende, se adivina que está en el camino que conduce á esta última fabricación. Lo que nos hace hablar así, es que á primera vista hemos observado un lustre abrigantado que no es propio de las lanas. Al primer pronto creímos que habian mezclado pelo de cabra en cierta proporción con la lana de carnero, y lo creímos tan de buena fe, que nos fué preciso un segundo exámen para convencernos de nuestro error. Efectivamente, los habitantes del valle de Chyrax obtienen este notabilísimo producto con la lana fina y pura de sus carneros, que cuidan de un modo especial. Que se apodere la moda del producto que hemos distinguido en medio de tantos productos inferiores, y dentro de algunos años el valle de Chyrax habrá conquistado una nueva celebridad, y marchará á la par con su vecino indio, el valle de Kachmyr.

Esta tela persa nos recuerda que en vano hemos buscado entre los productos de las exposiciones orientales de los tejidos de *china-grass*, un huevo hilable con que se ha hecho mucho ruido en Francia y en Inglaterra cuando la escasez del algodón. Hubo un día en que pudo creerse que nuestra industria habia alcanzado una nueva conquista, gracias á las relaciones mas frecuentes, mas numerosas y fáciles con Oriente. Con efecto, se pudo creer tanto mas cuanto que este hilable proviene de una planta, la *orgé* blanca, que brota por todas partes con la misma facilidad y abundancia que la ortiga vulgar en nuestros campos. Hasta se asegura que existe en Alsacia desde los tiempos mas remotos. Mas una vez concluida la guerra de América, el ruido cesó, y todo volvió á quedar en el silencio. Con cierta apariencia de razon nos habíamos prometido que el Oriente nos permitiría juzgar definitivamente el nuevo producto que tanto se habia preconizado durante algunos meses. Ya se ve, no se pierden con gusto las ilusiones, por poco que uno se interese en los progresos del bienestar de la humanidad. No somos ya tan ricos que podamos tratar con desden la novedad que se nos presenta con tal de que ofrezca un sello de utilidad. Pero en fin, el caso es que nuestra esperanza ha sido engañada. Ni Turquía, ni Persia, ni Siam, la China ó el Japon, nos han enviado cosa alguna que pueda darnos una idea exacta del *china-grass*, y que nos permita juzgar los recursos que de esta novedad podría sacar nuestra industria.

En tanto, nuestros ojos han hallado frecuentemente hilos, tejidos y obras de toda clase que durante largo tiempo, quizá siempre, serán objeto de pura curiosidad. Bástenos citar los tejidos de aloe, de palmeras, de bambús, de árboles cuyos nombres tomados de todas esas floras exóticas, no son familiares á nuestros oídos. Con estos hilos, ya crudos, ya teñidos con los mas vivos colores, tejidos ó reunidos, retorcidos, mezclados unos con otros mediante unos procedimientos en que el arte industrial no tiene parte alguna, se hace todo lo que exi-



EXPOSICION UNIVERSAL. — Galería de las máquinas. — Compartimientos rusos, suecos, noruegos y dinamarqueses. — Vista tomada de la parte rusa.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Vista exterior de la exposicion china.

gimos nosotros en nuestras telas. La hechura siempre es la misma; pero sin cesar se cae en el defecto que ya hemos señalado: es bonito á la vista porque no estamos acostumbrados á ello, y que todo lo que es extraño y brillante posee siempre el don de cautivarnos; pero en cuanto se propone la cuestion de utilidad ó de comodidad, la respuesta es negativa. Nada se encuentra digno

de imitarse, y se abandona todo ello á la curiosidad de los artistas y de los aficionados á formar colecciones.

No diremos lo mismo de la tafilería y de todo lo relativo á la preparacion de los cueros y pieles de animales. Aquí nos encontramos con productos que son superiores á los de Europa, ó mejor dicho, vemos materias primeras manufacturadas que, si estuviesen traba-

jadas por los europeos en los objetos que al consumo suministran, harian eminentes servicios á la universalidad de nuestras poblaciones. Los bordados son tambien muy notables, y lo mismo debe decirse de las sederías, sobre todo de las de China, aunque aquí sean de rigor muchas salvedades. — Pero todo esto será objeto de un detallado exámen.

J. B.



El cottage inglés.

Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

I.

Entre los diversos monumentos públicos que hacen el orgullo de una ciudad, cuyo nombre callaré por prudencia, y á la cual no quiero dar un título imaginario, hay uno común á la mayor parte de las ciudades, ya sean grandes ó pequeñas: este es el hospicio ó asilo de mendicidad. Cierta día de que no es preciso recordar la fecha, tanto mas cuanto que ninguna importancia tiene para el lector, nació en dicho establecimiento el pequeño mortal cuyo nombre encabeza esta obra.

Mucho despues que el cirujano de los pobres de la parroquia le hubo introducido en este mundo miserable, dudábase aun si el pobre niño viviria bastante para llevar un nombre cualquiera: si hubiese sucumbido, es mas que probable que yo no hubiera publicado estas memorias, ó que en caso de hacerlo, sólo contuvieran algunas breves páginas sin mas mérito que el de ser la biografía mas concisa y exacta de cuantas se hayan dado á luz hasta aquí en pais alguno.

Aun cuando no me halle dispuesto á sostener que para el hombre sea un favor extraordinario de la fortuna el nacer en un asilo de mendicidad, debo sin embargo decir que en el lance de que hablamos era lo mejor que podia suceder á Oliverio Twist. Lo cierto es que costó mucho trabajo decidir al niño á que llenase sus funciones respiratorias, ejercicio penoso, pero que la costumbre ha hecho necesario para el bienestar de nuestra existencia.

Durante algun tiempo permaneció tendido sobre un miserable colchon, haciendo esfuerzos para respirar, balanceando, por decirlo así, entre la vida y la muerte, é inclinándose mas hácia esta última. — Si en aquellos críticos momentos se hubiese visto Oliverio rodeado de solícitas abuelas, inquietas tias, nodrizas experimentadas y sabios médicos, hubiera perecido infaliblemente en pocos instantes; pero allí no habia nadie sino una pobre anciana medio embriagada por el abuso de la cerveza y un cirujano pagado por el establecimiento; por lo cual el niño y la naturaleza pudieron luchar solos. El resultado fué que despues de algunos esfuerzos Oliverio comenzó á respirar, estornudó, y dió aviso á los habitantes del hospicio de la nueva carga que iba á pesar sobre la parroquia, lanzando un grito tan agudo como podia esperarse de un niño que solo hacia tres minutos y medio estaba en posesion de ese don tan útil, que se llama la voz.

En el momento que Oliverio daba esta primera prueba de la fuerza y libertad de sus pulmones, la remendada colcha que cubria la cama de hierro se agitó suavemente; el pálido semblante de una mujer se lanzó con trabajo sobre la almohada, y una voz débil articuló con dificultad estas palabras:

— ¡Dejadme ver á mi hijo antes de morir!

Al oír la voz de aquella mujer, el cirujano que estaba sentado, calentándose las manos, se levantó, y aproximándose á la cama dijo con mas dulzura de la que podia esperarse en un hombre de su profesion:

— ¡Oh! no es cosa de que penseis ahora en morir.

— ¡Oh! no, Dios bendiga á esa pobre mujer, dijo la enfermera, escondiendo apresuradamente en su bolsillo una botella, cuyo contenido acababa de apurar con evidente satisfaccion; cuando haya vivido tanto tiempo como yo, y como yo tenido trece hijos, de los cuales solo viven dos, que están conmigo en el establecimiento, ya pensará de otro modo. — ¡Vamos, pensad en la felicidad de ser madre con ese angelito!

Pero aquella perspectiva consoladora de felicidad maternal no debió sin duda producir mucho efecto en la enferma, pues sacudió tristemente la cabeza y extendió sus manos hácia el niño, que fué depositado en sus brazos por el cirujano.

Entonces la mujer aplicó con ternura sus frios y pálidos labios sobre la frente del niño; pasóse luego una mano por el semblante, miró á su alrededor con extraviados ojos, agitóse con un estremecimiento general, y cayendo pesadamente en su lecho exhaló el último suspiro.

El cirujano la frotó entonces el pecho, las manos y las sienes; pero la sangre se habia helado para siempre: hablábala de esperanza y de socorro; pero habia carecido de este tanto tiempo, que ya llegaba demasiado tarde.

— Todo se acabó, señora Thingmuy, dijo al fin el cirujano.

— ¡Ah, pobre mujer! demasiado cierto es, repuso la enfermera, recogiendo el tapon de la botella que habia dejado caer sobre la cama al bajarse para coger el niño; ¡pobre mujer!

— Es inútil enviarme á buscar si el niño grita, dijo el cirujano con aire deliberado; pero como es probable que no esté muy tranquilo, le dareis un poco de papilla para calmarle.

Así diciendo, el cirujano se puso el sombrero, dirigióse hácia la puerta, y deteniéndose un momento delante de la cama antes de salir, añadió:

— A fe mía que era una mujer hermosa; ¿de dónde la han traído?

— La condujeron aquí ayer tarde por orden del inspector, replicó la enfermera; segun parece fué encontrada tendida sin movimiento en medio de la calle, y debia haber andado mucho, porque sus zapatos estaban destrozados; pero nadie sabe de dónde venia ni adónde iba.

El cirujano se inclinó sobre el cadáver, y alzando la mano izquierda de la difunta, murmuró encogiéndose de hombros:

— Siempre la misma historia; no está casada... Vaya, buenas tardes.

El cirujano se fué á comer, y la enfermera, despues de acercar una vez mas la botella á sus labios, se sentó en una silla baja, delante del fuego, y comenzó á vestir al niño.

— ¡Qué ejemplo tan admirable de la influencia del traje ofreció entonces el pequeño Oliverio! Envuelto en la cubierta que hasta entonces era su único vestido, tanto podia ser hijo de un gran señor como de un mendigo; y al hombre mas experto le hubiera sido sumamente difícil asignarle un rango en la sociedad. Pero cuando la raída blusa amarillenta, destinada para este uso, cubrió el cuerpo del niño, y cuando se le hubo rotulado y numerado convenientemente, entonces pudo ya clasificarse sin vacilar; aquel era el hijo de la parroquia, el huérfano del hospicio, el ser miserable, en fin, destinado á los golpes y malos tratamientos, y á ser despreciado por todo el mundo, sin excitar la compasion de nadie.

Oliverio gritaba con toda su fuerza: si hubiese sabido que era un huérfano abandonado á la tierna compasion de los bedeles ó inspectores, es probable que hubiera gritado mucho mas.

II.

Durante los ocho ó diez meses que siguieron á la escena que acabo de referir, Oliverio Twist fué víctima de continuos engaños por carecer de nodriza y haber tenido necesidad de alimentarse con el biberon. Las autoridades del hospicio se apresuraron á poner en conocimiento de las de la parroquia que el estado del hambriento huérfano era grave, y entonces estas últimas se informaron con solícitud de si habria en el establecimiento alguna mujer que pudiera encargarse del niño para darle cuanto necesitase. La respuesta fué negativa, y en consecuencia las autoridades parroquiales, movidas por un exceso de magnánima compasion, tuvieron la humanidad de resolver que se enviase á Oliverio á una sucursal situada á tres millas de distancia, en la que, veinte ó treinta pequeñuelos, contravinendo á la ley de los pobres, pasaban el día arrastrándose por el suelo bajo la vigilancia maternal de una anciana, que recibia á los delincuentes á razon de siete peniques semanales por individuo. Ahora bien, siete peniques componen una cantidad muy suficiente para el alimento de un niño; por esta suma se pueden en verdad comprar muchas cosas para llenarle el estómago y hasta alterar su salud; pero á pesar de esto aun no se habia dado el caso de que comieran demasiado ni de que les sobrase ropa con que cubrir su cuerpo. Aquella anciana, dotada de sabiduría y experiencia, sabia lo que era mas conveniente para sus ahijados y para sí misma, y en consecuencia reservaba para sí la mayor parte del socorro alimenticio, reduciendo á sus pequeños pupilos á un régimen mas exiguo que el que se administraba en la casa de asilo donde habia nacido Oliverio. La buena mujer evitaba prudentemente los limites extremos de la economía, mostrándose filósofa consumada en la práctica experimental de la vida.

Todo el mundo conoce la historia de aquel otro filósofo que imaginó una magnífica teoria para hacer vivir á un caballo sin comer, habiéndola aplicado tan bien, que redujo poco á poco la racion del cuadrúpedo á una sola paja. Es indudable que por este medio, el caballo hubiera llegado á ser mas ágil y ligero que el viento; pero es el caso que se murió precisamente veinte y cuatro horas antes del día en que iba á recibir por la primera vez una doble racion de aire puro.

Por desgracia para la filosofía experimental de la anciana encargada de cuidar á Oliverio, este resultado era con mucha frecuencia la consecuencia natural de su sistema. Justamente en el momento que un niño estaba á punto de llegar á mantenerse con la mas pequeña porcion de su mísero alimento, sucedia de cada diez veces ocho, que caía enfermo de hambre y de frio, ó bien se ahogaba por casualidad, ó se abrasaba por un descuido; resultando de esto que aquel desgraciado ser partía para el otro mundo, donde iba sin duda á encontrar los padres que no llegara á conocer en este.

Algunas veces practicábase una requisitoria mas escrupulosa que de costumbre con motivo de la desgraciada muerte de un niño: entonces el jurado acordaba hacer algunas averiguaciones por demás enojosas, ó bien los vecinos tenian la audacia de firmar una reclamacion; pero estas impertinencias eran reprimidas bien pronto por el informe del cirujano y el testimonio del bedel. El primero declaraba que habia hecho la autopsia, sin encontrar absolutamente nada, lo que era en efecto muy probable; y el segundo juraba siempre conforme con el espíritu de las autoridades parroquiales, que era cuanto se le podia pedir. Además de todo esto, la comision administrativa hacia excursiones periódicas á la sucursal, teniendo siempre cuidado de enviar la vispera al bedel para anunciar la visita de inspeccion. Al llegar aquellos señores encontraban siempre á los niños muy limpios y bien cuidados: ¿qué mas se podia

exigir? — Bien puede comprenderse sin embargo que este sistema de educacion no era el mas á propósito para dar á los niños mucha fuerza y robustez; así es, que el día en que Oliverio cumplió nueve años, era un niño pálido y raquítico, de pequeña estatura, y sumamente escualido.

Pero debia á la naturaleza ó á sus padres una inteligencia clara y despejada, que pudo desarrollarse fácilmente sin ser entorpecida por la materia, gracias al régimen de privaciones establecido, y á esto tal vez debia el haber llegado al noveno aniversario de su nacimiento. Como quiera que sea, hallábase el día de su cumpleaños metido en la carbonera con dos compañeros suyos, quienes despues de compartir con él una lluvia de golpes, habian sido allí encerrados por haber tenido la audacia de quejarse de hambre.

De pronto, la señora Mann, este era el nombre de la excelente directora de la casa, quedó sorprendida ante la imprevista aparicion del bedel, señor Bumble, que trataba de abrir la puerta del jardín.

— ¡Bondad divina! ¿Sois vos, señor Bumble? dijo la señora Mann, sacando la cabeza por la ventana y fingiendo una grande alegría. Susana, añadió en voz baja, haced subir á Oliverio con los otros dos niños, y limpiadlos pronto. — ¡Dios mio, qué placer siento al veros, señor Bumble!

Pero Bumble, que era un señor grueso y de carácter irritable, en vez de corresponder cortesmente á tan afectuosa acogida, empezó á sacudir con furia el picaporte y descargó en la puerta una tremenda patada.

— ¡Cómo! ¿es posible que esté cerrado? exclamó la señora Mann, corriendo hácia la puerta, despues de haber dado tiempo para que pusieran á los niños en libertad; no sé en qué pienso, todo se me olvida por causa de estos queridos niños. — Entrad, caballero Bumble, entrad, yo os lo ruego.

Por mas que esta invitacion fuera hecha con una solícitud capaz de ablandar el corazon mas duro, no pareció conmover en manera alguna al bedel.

— ¿Os parece respetuoso y conveniente, señora Mann, preguntó Bumble con aspecto airado y oprimiendo con fuerza el puño de su baston, el hacer esperar á los funcionarios de la parroquia á la puerta de vuestro jardín, cuando vienen á llenar sus funciones y á visitar los niños? ¿Olvidais, señora, que sois por decirlo así la delegada de la parroquia y que se os paga por ella?

— ¡Oh, no! señor Bumble, contestó con humildad la señora Mann, advertió que habia ido á buscar á dos de esos niños, que os quieren tanto, para decirles que estáis aquí.

El señor Bumble, que tenia una alta idea de sus dotes oratorias y de su importancia, pareció calmarse y añadió:

— Está bien, está bien, señora Mann; es muy posible que así sea; entremos, señora Mann, vengo á tratar de negocios y necesito hablaros.

La señora Mann introdujo al bedel en una pequeña habitacion con pavimento de ladrillo, acercó presurosa una silla, y tomando de manos de aquel su tricorno y su baston los colocó encima de una mesa. El señor Bumble enjugó su frente, cubierta de sudor, y lanzando una mirada de complacencia á su sombrero, sonrió con aire satisfecho; sí, sonrió, porque al fin, un bedel es un hombre que puede sonreír como otro cualquiera.

— No lleveis á mal lo que voy á deciros, observó la señora Mann con seductora dulzura: comprendo que estareis cansado despues de tan larga caminata, y por lo tanto me tomaré la libertad de invitaros á que tomeis alguna cosa.

— Nada, absolutamente nada, dijo el señor Bumble, haciendo con la mano un movimiento lleno de dignidad.

— Espero que no rehusareis, replicó la señora Mann, que habia observado el tono y el gesto del bedel; no os daré mas que una gotita con un poco de agua fresca y un terron de azúcar.

El señor Bumble tosió.

— Lo que os ofrezco no es casi nada, dijo la señora Mann, con voz melosa.

— Y ¿qué vais á darme? preguntó el bedel.

— Siempre tengo en casa alguna cosa para echar en el jarabe de estos queridos niños cuando se ponen malos, repuso la señora Mann, abriendo una pequeña alacena, de donde sacó una botella y un vaso; voy á daros un poco.

— ¿Y dais jarabe á los niños, señora Mann? preguntó el bedel, siguiendo con la vista la interesante operacion de la mezcla.

— ¡Ah! sí, siempre les doy, aun cuando cuesta muy caro; ¡pero qué quereis! no puedo verlos sufrir; es una cosa que me afecta demasiado.

— Muy bien, dijo el bedel, muy bien; sois una buena mujer, señora Mann, y aprovecharé la primera oportunidad para hacerlo presente al comité. Esos niños tienen en vos una madre, y bebo de todo corazon á vuestra salud, señora.

Así diciendo, el bedel cogió el vaso y apuró la mitad de su contenido. Sacando despues de su bolsillo una cartera de cuero amarillo continuó:

— Ahora, hablemos de negocios: el niño á quien se ha puesto por nombre Oliverio Twist cumple hoy nueve años...

— ¡Querido niño! murmuró la señora Mann, frotándose el ojo izquierdo con la punta de su delantal.

— Y á pesar de haberse ofrecido una recompensa de diez libras esterlinas, que se ha elevado sucesivamente hasta doce; y no obstante los esfuerzos increíbles, casi diré sobrenaturales, por parte de la parroquia, conti-

nuó Bumble, no ha sido posible descubrir quién es el padre, así como tampoco el nombre y condicion de la madre.

La señora Mann alzó las manos en señal de asombro, y dijo despues de un momento de reflexion:

— Entonces, ¿cómo es que ese niño tiene nombre?
— Porque yo lo he inventado, replicó el bedel con aire de orgullo.

— ¡Vos, señor Bumble!

— Yo mismo, señora Mann: nosotros ponemos nombres á los niños encontrados, guardando siempre un riguroso orden alfabético: el último, á quien correspondía la letra S, fué inscrito con el nombre de Swuble; el de ahora tocaba á la T, y por eso le llamé Twist; el siguiente se llamará Unwin, el otro Vilken, y así sucesivamente. Tengo nombres preparados desde el principio al fin del alfabeto, y al llegar á la Z se vuelve á empezar.

— ¡Oh! sois muy letrado caballero, dijo la señora Mann.

— Sí, un poco, contestó el bedel, evidentemente satisfecho del cumplido.

Y apurando el resto de la bebida que contenía su vaso añadió:

— Como Oliverio es ya demasiado grande para permanecer aquí mas tiempo, el consejo ha resuelto que vuelva al asilo y he venido por lo tanto á buscarle. — Traédmelo al momento.

— Vais á verle en seguida, contestó la señora Mann, saliendo de la habitacion.

Oliverio, á quien durante este tiempo habian estado limpiando la cara y las manos lo mejor posible, fué introducido bien pronto por su bondadosa protectora.

— Oliverio, salud á este caballero, dijo la señora Mann.

El niño saludó á la vez, al bedel, que estaba sentado, y al tricordio que veía sobre la mesa.

— ¿Quieres venir conmigo, Oliverio? preguntó el bedel con majestad.

Oliverio estuvo al punto de contestar que lo que mas deseaba era marcharse con quien quiera que fuese, cuando alzando los ojos sorprendió una mirada de la señora Mann, la cual colocada detrás de la silla del bedel, le enseñaba el puño con furor.

El niño comprendió bien pronto aquella mímica, porque aquel puño habia caído demasiadas veces sobre su espalda para que no estuviese profundamente grabado en su memoria, y por lo tanto se apresuró á decir:

— ¿Y no vendrá conmigo la señora Mann?

— No, replicó Bumble; pero ya irá á verte algunas veces. Aun cuando aquello no podía ser mas consolador para el niño, tuvo el suficiente criterio para fingir una gran pena por su marcha: por otra parte, el pobre Oliverio no tenia que esforzarse mucho, tratándose de verter lágrimas, pues el hambre y los golpes recibidos son poderosos auxiliares cuando se tiene necesidad de llorar, y Oliverio lloró de la manera mas natural del mundo.

La señora Mann le dió mil besos, y lo que era aun mejor, una rebanada de pan y manteca, á fin de que no pareciese demasiado hambriento á su llegada al asilo. Con un pedazo de pan en una mano, y cubierta la cabeza con la pequeña gorra de paño pardo, usada por los niños de la parroquia, Oliverio fué sacado por el señor Bumble de aquella espantosa morada, donde jamás una palabra, ni una mirada de afecto, habian endulzado los tristes años de su infancia.

Y sin embargo, prorumpió en sollozos cuando la puerta se cerró tras él; por miserables que fuesen los pequeños compañeros de infortunio de quienes se separaba, eran los únicos amigos que habia conocido, y la conciencia de su aislamiento en el mundo penetró por primera vez en el tierno corazón del niño.

El señor Bumble andaba muy de prisa, y el pobre Oliverio, oprimiendo con fuerza el faldon de su levita galoneada, trotaba á su lado, preguntando á cada instante si llegarían pronto. El bedel respondía á sus preguntas con brevedad y dureza: era evidente que no experimentaba la influencia bienhechora que ejerce un refrescante en ciertos corazones, y que volvía á ser el impasible bedel.

Habria transcurrido escasamente un cuarto de hora desde que Oliverio franqueara la entrada del asilo de mendicidad, despues de dar un segundo mordisco á su rebanada de pan, cuando el señor Bumble, que le habia confiado en manos de una anciana, volvió á decirle que era día de consejo, y que este le mandaba presentarse.

Oliverio no tenia una idea exacta de lo que era un consejo, y quedó muy admirado al oír semejante noticia, no sabiendo bien si debería reír ó llorar, pero el señor Bumble no le dejó tiempo para entregarse á sus reflexiones. Dióle con su baston un pequeño golpe en la cabeza para que estuviese atento, y despues de mandar que le siguiera, condujole á una habitacion donde se hallaban sentados al rededor de una mesa ocho ó diez señores muy gruesos, presididos por otro de notable corpulencia, y de cara redonda y colorada, que ocupaba un sillón mas elevado que los demás.

— Saludad al consejo, dijo Bumble.

Oliverio enjugó dos ó tres lágrimas que rodaban por sus mejillas y saludó á la mesa del consejo.

— ¿Cómo os llamais, niño? preguntó el señor que ocupaba el sillón.

Oliverio tuvo miedo á la vista de tantos señores, y permaneció mudo, visto lo cual, aplicóle el bedel un golpe en la espalda, que le hizo llorar, obligándole á responder, aunque con voz temblorosa. Entonces uno

de aquellos señores, que llevaba chaleco blanco, dijo que era un idiota, medio excelente para animar al chico y serenarle.

— Escuchadme, niño, continuó el presidente: ¿supongo que ya sabreis que sois huérfano?

— ¿Qué quiere decir eso? preguntó el pobre Oliverio.

— Ese muchacho es idiota; estaba seguro de ello, dijo el señor del chaleco blanco con tono breve.

— ¡Chut! hizo el que habia hablado primero. Y dirigiéndose de nuevo al niño continuó:

— Sabeis que no teneis padre ni madre y que os han criado á expensas de la parroquia, ¿no es verdad?

— Sí, señor, contestó Oliverio llorando amargamente.

— ¿Por qué llorais, pues? preguntó el del chaleco blanco.

Esto era en efecto muy extraordinario: ¿por qué habia de llorar el chico?

— ¿Supongo que rezais todas las noches, dijo otro de aquellos señores con tono enfático; y que como buen cristiano rogareis en vuestras oraciones por aquellos que os alimentan y os cuidan?

— Sí, señor, balbuceó Oliverio.

El que acababa de hablar tenia razon: era necesario en efecto que Oliverio fuese un buen cristiano, ó mejor dicho, un cristiano modelo, para rezar por aquellos que le alimentaban y cuidaban; pero no lo hacia porque no sabia rezar.

— Muy bien, dijo el presidente; se os ha traído aquí para recibir educacion y aprender un oficio útil.

— Así es, que mañana á las seis comenzareis á cardar estopa, dijo el del chaleco blanco.

Hacer á Oliverio cardar estopa, era combinar á la vez de una manera muy sencilla los dos beneficios que se le concedian; el niño reconoció lo uno y lo otro por un profundo saludo que le mandó hacer el bedel; despues de lo cual, lleváronle á una gran sala del hospicio, donde sobre una cama muy dura se durmió sollozando; prueba notable de la dulzura de las leyes de nuestro feliz pais, que no impiden dormir á los pobres.

¡Pobre Oliverio! Dormía tranquilo, y en la feliz ignorancia de lo que pasaba á su alrededor, estaba muy lejos de pensar que aquel día mismo el consejo habia tomado una resolucion que debia ejercer en su destino ulterior una influencia irresistible; pero la resolucion estaba ya tomada, y hé aquí cual era.

Los miembros del consejo de administracion eran hombres eminentemente sabios, y dotados de una filosofía profunda: fijando su atencion en el asilo de mendicidad, echaron de ver, ó mejor dicho, descubrieron de pronto lo que espiritus vulgares nunca habieran notado; esto es, ¡que los pobres gozaban!

El asilo de mendicidad era para la clase pobre un lugar de recreo, una fonda donde no era necesario pagar, y donde durante todo el año se tenia gratis el almuerzo, la comida, el té y la cena; aquello era una verdadera Jauja, un verdadero Elíseo de mampostería donde todo era divertirse sin trabajar.

— ¡Oh, oh! se dijo el consejo con aire maligno, nosotros somos hombres que pondrán las cosas en orden, haciendo que cese todo esto muy pronto. Y tras esta reflexion sentaron como principio que los pobres podrian elegir (pues á nadie se le obligaba, téngase bien entendido) entre morirse de hambre lentamente si permanecian en el asilo, ó de repente si salían de él.

Al efecto hicieron un ajuste con la administracion de las aguas para obtener una cantidad ilimitada de dicho líquido y se convinieron asimismo con un expendedor de trigo para que suministrase en períodos determinados una corta cantidad de harina de avena. Hecho esto concedieron á cada individuo tres ligeras raciones por día de puches muy claras, una cebolla dos veces á la semana, y medio pan todos los domingos. Con respecto á las mujeres se tomaron igualmente otras muchas disposiciones, sábias y humanas, que seria inútil mencionar. Ultimamente, acordaron tambien, en su infinita bondad, separar por una especie de divorcio á los pobres casados, lo cual les evitaba los gastos enormes de un proceso ante el tribunal eclesiástico; y en vez de obligar al marido á sostener á la familia con su trabajo, le separaron de ella, convirtiéndole en célibe.

Es indudable que muchos hombres, en todas las clases de la sociedad, hubieran aprovechado gustosos estas dos ventajas; pero los individuos del consejo, como hombres previsores, obviaron la dificultad: para disfrutar de estos beneficios era necesario vivir en el asilo y alimentarse con puches, cosa que naturalmente asustaba á las gentes.

Seis meses despues de la llegada de Oliverio Twist al hospicio, el nuevo sistema estaba ya en pleno vigor. Al principio fué un poco costoso, pues hubo que pagar mas al empresario de las pompas fúnebres, así como tambien al sastre, por estrechar los vestidos de los pobres, adelgazados y reducidos á nada despues de una semana ó dos de alimentarse con puches; pero el número de los habitantes del asilo de mendicidad disminuyó de una manera notable, y los administradores estaban sumamente complacidos.

El comedor de los niños era una gran sala, al extremo de la cual veíase una enorme caldera, junto á la que, ayudado por dos mujeres, el jefe del hospicio, cubierto con un gran delantal, repartía las puches á la hora de comer. Cada niño recibía una pequeña escudilla llena, pero nunca mas, excepto los días de fiesta, en que se les daba sobre esto dos onzas de pan. Por lo que hace á las escudillas, no era necesario lavarlas, pues los niños las pulimentaban con sus cucharas hasta dejarlas brillantes, y al terminar esta operacion, que nunca era larga, por ser las cucharas tan grandes como las

escudillas, quedábanse contemplando la caldera con ojos tan ávidos, que parecían devorarla con sus miradas. Los chicos tienen por lo regular un apetito excelente: Oliverio y sus compañeros sufrieron durante tres meses las torturas de una lenta consuncion, y el hambre concluyó por extraviarles hasta el punto que un muchacho, grande ya por sus años, y poco conforme con semejante existencia, dió á entender á sus compañeros, que sino le aumentaban la racion diaria, acabaría por devorar una noche al niño con quien se acostaba, que era muy joven y débil.

Al hablar así, tenia los ojos extraviados y la faz hambrienta; sus compañeros le creyeron, y en consecuencia procedióse á deliberar, resolviéndose al fin, que se echarian suertes para saber quién iria aquella misma noche á la hora de cenar á pedir al jefe una racion mas que la de costumbre. La suerte recayó en Oliverio Twist.

Llegada de la noche, los niños ocuparon sus puestos: el jefe del establecimiento, con su traje de cocinero, se hallaba delante de la caldera; sirviéronse las puches; pronuncióse un largo *benedicite*, y poco despues terminó la cena. Entonces los chicos comenzaron á cuchichear haciendo señas á Oliverio, y los que estaban mas cerca le empujaron con el codo. Por niño que fuese, el hambre le habia exasperado, haciéndole indiferente á todo el exceso de la miseria; dejó pues su puesto, y adelantándose con la escudilla en una mano y la cuchara en la otra, dijo, asustado de su propia temeridad:

— Hacedme el favor de dar un poco mas, si gustais.

El jefe, hombre grueso y rechoncho, se puso pálido: estupefacto por la sorpresa, miró varias veces al pequeño rebelde, y apoyándose despues sobre la caldera, quedóse mudo de estupor. Las mujeres que le ayudaban estaban embargadas por el asombro, y los niños por el terror.

— ¿Qué decis? dijo al fin el jefe con voz alterada.

— Que quisiera un poco mas, si gustais, contestó Oliverio.

El jefe dirigió su cucharón á la cabeza de Oliverio, estrechóle despues entre sus brazos, y llamó á gritos al bedel.

El consejo se hallaba en sesion solemne cuando Bumble fuera de sí, se precipitó en el salon, y dirigiéndose al presidente le dijo:

— Señor Linkins, dispensad si os interrumpo; sabed que Oliverio Twist ha pedido mas.

El asombro fué general; pintábase el horror en todos los semblantes.

— ¿Que ha pedido mas? murmuró el señor Linkins; calmaos, Bumble, y contestadme claramente. ¿Quereis decir que ha pedido mas racion despues de comer la señalada por el reglamento?

— Sí, señor, replicó Bumble.

— Ese niño se hará ahorcar, dijo el señor del chaleco blanco, sí, ese niño se hará ahorcar.

Ninguno contradijo aquel pronóstico: entablóse entonces una discusion muy acalorada; Oliverio fué encerrado en un calabozo, y al día siguiente, un anuncio fijado en la puerta, ofrecía una recompensa de cinco libras esterlinas al que quisiera desembarazar á la parroquia de Oliverio Twist. O en otros términos, se ofrecían cinco libras y la persona de Oliverio á cualquier hombre ó mujer que necesitase algun aprendizaje para cualquier oficio ó industria, fuera la que fuese.

— En mi vida he estado tan seguro de una cosa, decía el señor del chaleco blanco, llamando á la puerta al día siguiente y al leer el anuncio; ¡en mi vida he estado tan seguro de una cosa, y es que ese muchacho se hará ahorcar!

Como me propongo dar á conocer en el curso de esta historia si se cumplió ó no el pronóstico del señor del chaleco blanco, no dejaré saber desde luego á mis lectores si la vida de Oliverio Twist tuvo tan terrible desenlace, pues esto seria despojar de un golpe á mi narracion del interés que pudiera tener.

(Se continuará.)

Los dos penados.

NOVELA ALEMANA

POR FEDERICO GERSTÄCKER.

— Miss Sarah, repuso Mac-Donald profundamente conmovido, el recuerdo del insignificante servicio que he sido bastante dichoso para podérselo prestar, será siempre un rayo de sol en mi existencia, cuyas alegrías no son por cierto muy numerosas. Dejadme llevar este recuerdo al seno de una sociedad fria y egoísta, y conservad siempre para mí un lugar, por reducido que sea, en vuestro corazón, del cual ruego á Dios que aleje la pena y el dolor.

— ¡Segun eso pensais dejarnos! preguntó Sarah con dolorosa sorpresa.

— Sí, esta misma mañana, contestó resueltamente Mac-Donald. Yo no puedo estar aquí mucho tiempo; hasta luego á temer, añadió en voz baja, haber permanecido ya mas de lo necesario: por otra parte me es indispensable partir.

— ¿Luego habeis visto á los indígenas? preguntó Sarah con inquietud.

— He estado muy cerca de su campo y he contado sus fuegos, dijo Mac-Donald sonriendo. Esto podia hacerse con toda seguridad, tanta era la oscuridad de la noche, y son demasiado supersticiosos para arriesgarse á ir mas allá del alcance de la luz que esparcen sus hogueras.

— Ayer experimenté alguna sorpresa al oiros hablar su lengua, dijo Sarah ruborizándose, y me impresionó tanto aquella aventura, que en verdad todavía no os he dado las gracias, como yo lo hubiera deseado, por el auxilio que me prestásteis tan oportunamente.

— ¿Y qué es lo que os obliga á ello? preguntó Sarah haciendo visiblemente un esfuerzo para aparecer tranquila. Mi padre os estima y hará cuanto pueda para que no os alejeis de nuestro lado. ¿Os parece regular presentaros en la morada de vuestros amigos, prestarles servicios de esos que no se olvidan jamás y abandonarlos luego de repente, como si su compañía os importunara? ¿Qué hariais si yo os suplicara que permaneciésteis todavía aquí por algun tiempo?

— ¡Oh! no hagais eso, contestó Mac-Donald precipitadamente, porque en ese caso tal vez no sabria cómo negarme á cumplir vuestros deseos.

— Pues bien, os lo pido con formalidad, dijo Sarah, en cuya frente y en cuyas mejillas un denunciador carmin hacia traicion á sus secretos pensamientos; mis padres me ayudarán en esta empresa.

— Sí por cierto, hija mia, replicó M. Powell que entraba al mismo tiempo con su esposa; pero primero sepamos de qué se trata.

— Mac-Donald quiere separarse de nosotros y yo le decia que vosotros apoyariais las súplicas que le dirijo para que prolongue su permanencia á nuestro lado.

— ¡Oh! con todo mi corazón, replicó Powell. Querido amigo, bajo ningun pretexto debeis pensar en partir tan pronto. ¿No me habeis manifestado vuestra intencion de buscar una corriente de aguas para vuestros ganados en estas inmediaciones?

— Cualquiera diria que quereis sustraeros á nuestro reconocimiento por haber sido el salvador de nuestra querida hija, dijo mistress Powell cogiendo amistosamente la mano de Mac-Donald. ¿Considerais acaso como insignificante la dicha de haber preservado á una familia entera de una espantosa desgracia?

— Me quedaré, repuso Mac-Donald pronunciando estas palabras rápidamente, mientras una expresion de tristeza oscurecia su rostro, accedo, repitió, permaneceré aquí todavía algun tiempo para probaros cuán feliz soy, sí, muy feliz bajo vuestro hospitalario techo.

— ¿Puedo confiar en que al acceder á nuestros ruegos no os imponeis ningun sacrificio? contestó M. Powell, para quien no pasó desapercibida la emocion de su huésped. No podemos exigir que por nosotros descuideis vuestros negocios; pero acordaos de que los pobres habitantes de los desiertos de Australia nos aficionamos con tenacidad á las personas queridas, y naturalmente deseamos conservar á nuestro lado á los amigos. Conque así, podeis esperar que os mostremos el mismo pesar al separarnos de vos al cabo de una semana ó de un mes, como si os marchais hoy mismo.

— Mi mayor deseo es que no tengais que arrepentiros por vuestras bondades respecto á mí, dijo Mac-Donald cogiendo la mano que se le alargaba y estrechándola con sinceridad.

— Ahora vamos á almorzar, hijos míos, dijo M. Powell. ¿Dónde está Lisbeth, dónde Bill, Neel y Jorge? Venid, ó si no se enfriará el té y el desayuno no valdrá nada.

San Juan en el desierto,

CUADRO DE RAFAEL, COLOCADO RECIENTEMENTE EN EL LOUVRE.

La exposicion en la galería principal del Louvre del *San Juan en el desierto*, de Rafael, ha dado lugar á

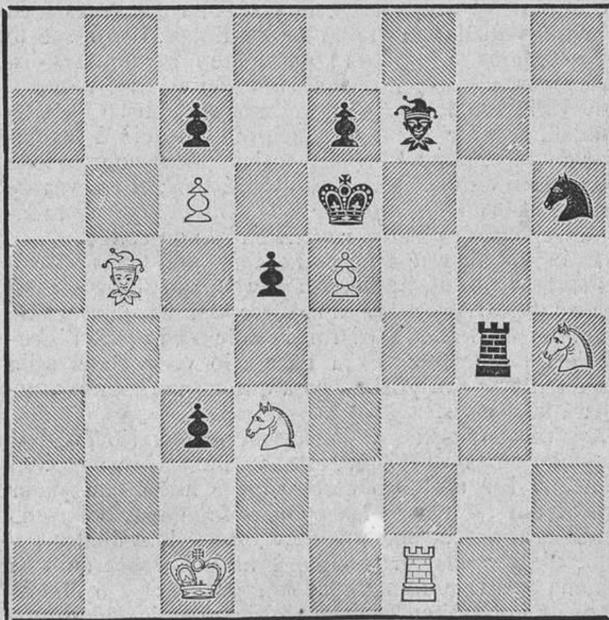


San Juan en el desierto, cuadro de Rafael.

Problemas de ajedrez. (1)

PROBLEMA NÚMERO 241, POR M. ROB. BRAUNE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

ciertos rumores cuya rectificacion ha venido á ser indispensable.

Este cuadro figuraba desde tiempo inmemorial en el gabinete del rey, que como es sabido, ha sido el núcleo del museo del Louvre. El inventario manuscrito de Bailly (1709) le designa bajo el nombre de Rafael, como estando colocado en Versalles. Posteriormente (1713), Piganiol de la Force indica claramente el sitio que ocupaba; hallábase colgado de la cabecera de la cama de Luis XIV, donde formaba pareja con el *David cantando*, del Dominiquino, que se halla tambien en el museo del Louvre (número 490 del catálogo de 1864). En 1752 le volvemos á encontrar en el catálogo Lepicié, quien le consagra el párrafo siguiente:

« Rafael rodeó la cabeza del » santo con una rama guarnecida de hojas; este santo se » halla sentado en un tronco de » árbol, y tiene en una mano » un rollo desplegado, y con » la otra enseña una cruz... El » tiempo habia deteriorado bastante la pintura. M. Stiemar, » encargado de cuidar los cuadros del rey, le limpió, y entonces extrañaron mucho que » no hubiesen distinguido todas las bellezas que encerraba tan hermoso cuadro, que » correcto en el dibujo y de » un buen colorido, está enriquecido con un bonito paisaje. Este cuadro está pintado en lienzo, contra lo ordinario de los cuadros de Rafael, y en esto se fundan para afirmar que es el mismo » que dijo Vasari habia pintado así para el marqués Colonna. »

Por la misma época, Simon Vallée le grabó para la colección llamada de Crozat (t. 1). En 1792 vuelve de Versalles al museo del Louvre. En la época del primer imperio, aunque no figuraba en los catálogos del museo Napoleon, consta en los inventarios. Su estado de deterioro (la restauracion de Stiemar no resistió al

tiempo) no permitió sin duda que fuera expuesto. Finalmente, en 1820 fué prestado por orden del rey Luis XVIII á la iglesia de Longpont (Sena y Oise). Tampoco aquí permaneció largo tiempo, pues pasó á casa del duque de Maillé, y por error figuró en la almoneda que se hizo al fallecimiento del duque, siendo adjudicado por 59 francos á un traficante en cuadros llamado Cousin. La administracion de los museos, prevenida demasiado tarde, no pudo hacer valer sus derechos, y pidió por justicia la restitucion. El pleito se llevó ante el tribunal real de Paris, que por una sentencia del 26 de agosto de 1837, restituyó el cuadro á la lista civil. Por último, en 1862, esto es, en la época en que la direccion de los museos quiso volverle á exponer á vista del público, las ediciones de la *Noticia de los cuadros*, de M. Villot, le inscriben en su verdadero puesto, bajo el número 378 bis, entre la *Virgen y Santa Isabel* y *Santa Margarita*.

El museo de los Oficios en Florencia posee igualmente un San Juan en el desierto atribuido á Rafael. En esta composicion el personaje está colocado de otro modo que en el cuadro que aquí reproducimos, y además, su ejecucion es diferente. En la obra que nos ocupa reboza, por el contrario, tal maestría, que muchos aficionados inteligentes se inclinan á volver á la opinion de Mariette y de Lepicié, y piensan que es este el *San Juan* pintado por Rafael para el cardenal Colonna. La suposicion es discutible; pero lo que queda fuera de duda, es la incomparable elevacion del estilo, la belleza de ejecucion de esta obra. Se puede desafiar á todos los peritos, á que despues de haber examinado este cuadro con atencion, le atribuyan á otro que á Rafael.

C. R.

(1) Solucion del número 240.

- | | | |
|---|---------------------|-----------|
| 1 | Ra 3ª A jaque | R toma Ra |
| 2 | C c. C jaque | R juega |
| 3 | C 2ª A jaque | R juega |
| 4 | C 3ª A jaque | R juega |
| 5 | C 4ª Ra jaque-mate. | |